

Una señorita muy poco victoriana



Los diarios de
EMMA
M. LION vol.
1

Beth Brower

Antes de abrir este diario, conviene prepararse.

Una taza de té, un rincón tranquilo y la disposición de dejarse contar una historia con más ingenio que prudencia. Por ser lector/a de *Los diarios de Emma M. Lion*, disfruta de un 10% de descuento en Tea Shop con el código **EMMA-TEA**.

TEA  SHOP



Los diarios de
EMMA
M. LION vol.
I

Beth Brower

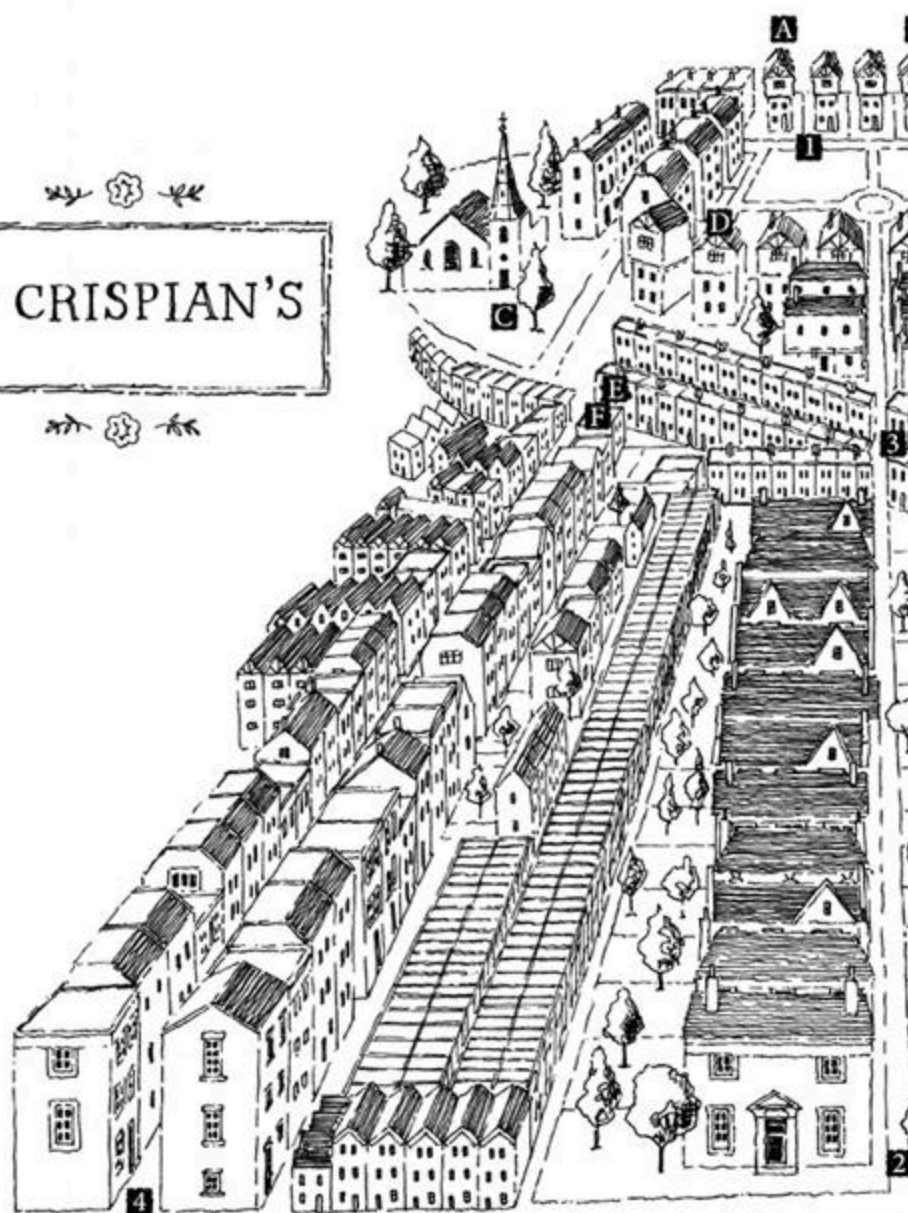
Traducción de Laura Vidal

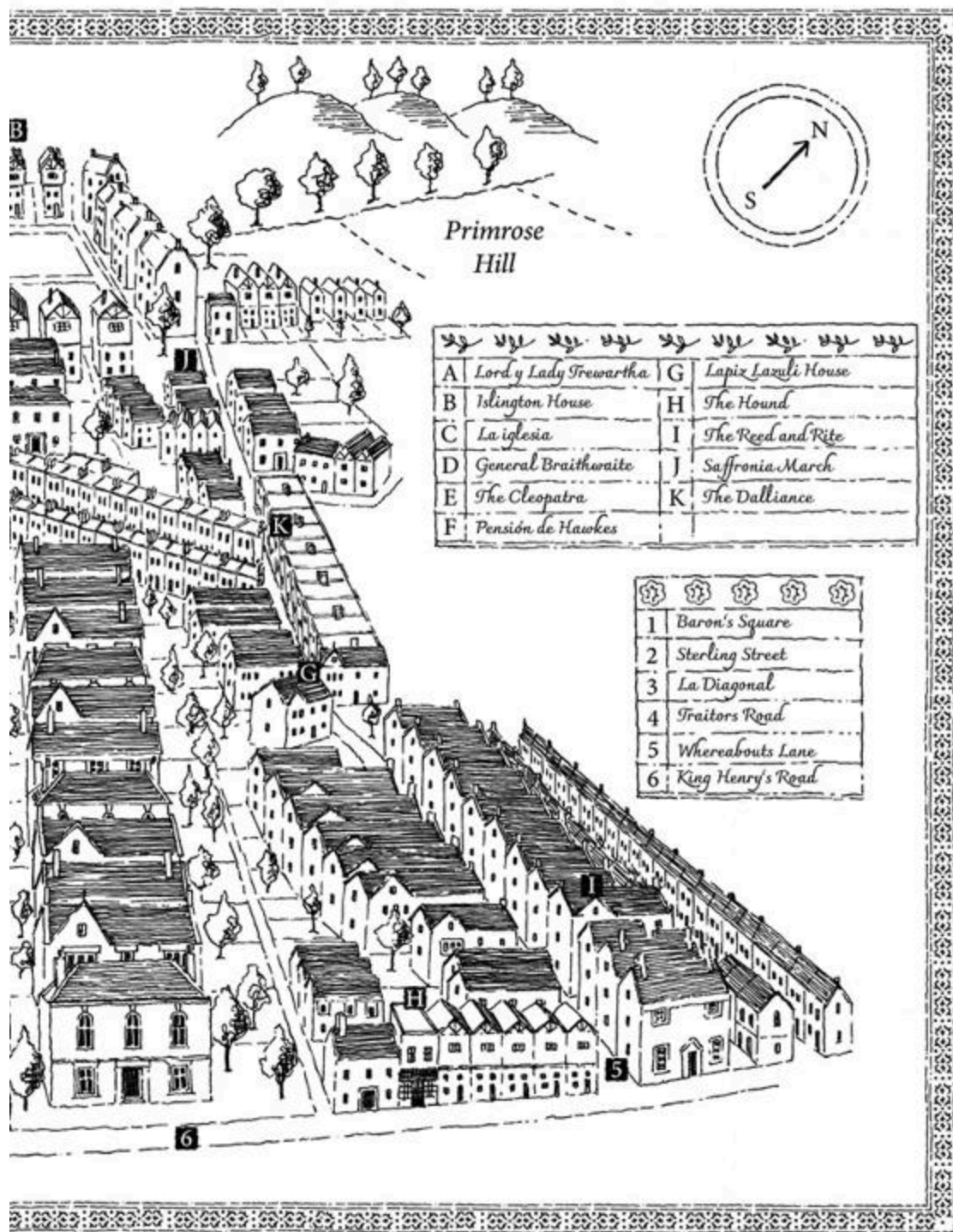


Emma M. Lion

querría dedicar sus diarios a todos aquellos
que tengan la osadía de leerlos.

ST CRISPIAN'S





5 de marzo

He llegado a Londres sin ningún percance.

Últimamente, pocas cosas me salen bien, pero esta ha sido una de ellas. Mi existencia en los últimos tres años puede considerarse una sucesión de percances.

El tren entró en la estación de St. Pancras envuelto en una nube de vapor con cinco minutos de adelanto. Un hecho de lo más propicio, ya que estoy bastante segura de que no se ha producido nunca antes en la historia de los ferrocarriles británicos. Un mozo muy poco solícito me ayudó con mis dos baúles, mi maleta y mi sombrerera. Reparó en los bordes deshilachados de mi abrigo de viaje, emitió un sonido de desaprobación y procedió a dar muestra del desagrado que le producía ayudarme. Aun así, le di medio penique. Lo que fue muy generoso por mi parte, considerando el estado de mis finanzas. Cosa extraña, la sombrerera fue lo que despertó mayor desdén, a pesar de contener, en efecto, un sombrero. Durante más de un año, contuvo algo ligeramente menos agradable: la cabeza de mono que me envió Maxwell.

He estado a punto de tacharla, la mención a la cabeza de mono. En Bournemouth, adopté la desafortunada costumbre de censurarme, dado el escaso respeto que la prima Matilde mostraba por la propiedad ajena, tal y como quedó demostrado en La Gran Quema de 1882. La propensión a dar por hecho que yo no tengo intimidad ha persistido a pesar de todos mis esfuerzos, pero estoy decidida a subvertirla. Este diario no se merece tener una fea y

negra tachadura sobre cada pensamiento incriminatorio. ¡Se acabó el censurarme a mí misma!

Estoy divagando.

Después de conseguir un coche de punto, un dispendio inevitable, di al conductor la dirección de mi lugar preferido del mundo entero:

Lapis Lazuli House, en el barrio de St. Crispian's, Londres.

Qué felicidad.

Cuando el coche enfiló Whereabouts Lane, saqué la cabeza por la ventanilla para ver Lapis Lazuli House. ¡Ahí estaba! Alta y gloriosa, de piedra caliza gris y con relieves exteriores que recuerdan al banco de un parque o una lápida ornamentada. En cuanto el coche se detuvo, bajé a la calle, aliviada de haber llegado por fin a mi destino. Si bien el pórtico cuadrado necesita una mano de pintura, los cinco escalones curvos que conducen a la puerta principal estaban recién barridos. Habría que limpiar los ventanales, pero me atrevo a presumir de que son de los más altos del vecindario. A pesar de todo ello, esta casa desprende un aire despreocupado que me encanta. Por magnífica que sea, Lapis Lazuli House no se toma a sí misma demasiado en serio. Una especie de contrapunto cósmico frente al ego de su actual residente.

El susodicho residente, mi primo Archibald, no estaba en casa cuando llegué. Debió de presentir ~~su inminente desgracia~~ mi inminente llegada. Su mayordomo, Parian, sí estaba, por lo que fue él quien me abrió la famosa puerta azul y —después de resoplar por la nariz en repetidas y desaprobatorias ocasiones— me permitió traspasar el sagrado umbral. La fregona, ahora convertida en cocinera, también estuvo presente en mi llegada. Se llama Agnes. Es una muchacha de dieciséis años tan graciosa como poco agraciada.

Ella y Parian me ayudaron a transportar el equipaje a mis habitaciones.

Para ello tuvimos que subir varios tramos de escaleras. Sí, varios. Y es que mi benevolente primo me ha alojado no en mis acostumbradas habitaciones del muy razonable tercer piso, sino en el desván de la quinta planta.

El desván.

Repito: el desván.

Al parecer, mis antiguas habitaciones ya no son mías. He sido desterrada de ellas. ¿Por qué?, cabría preguntar. A lo que respondo que hay cosas que no tienen explicación.

Aunque, siendo sincera, debo admitir que esta en particular puede guardar relación con El Incidente que desembocó en La Cicatriz.

Para mi escarnio, la planta cuarta entera está vacía y así seguirá. La tercera planta la ocupan dos dormitorios de invitados y mis antiguas habitaciones. El primo Archibald ocupa la segunda planta, incluyendo la biblioteca, que me está vetada y que el primo mantiene cerrada con llave. El primer piso alberga el salón en el que se recibe a las visitas y que viene a ser también la sala de estar, el comedor y un gran salón formal que no se usa. Las cocinas y las despensas se encuentran en la planta baja, con un dormitorio para Agnes detrás de la cocina, cerca de los jardines.

¿Dónde, cabría preguntarse, reside Parian, nuestro ayuda de cámara convertido en mayordomo convertido en individuo bastante insoportable? Sospecho que Sus Habitaciones Actuales son las antes conocidas como Mis Habitaciones. Que disfrute de las vistas del jardín.

Este cambio habría sido extraño en cualquier otra residencia

londinense, pero no puede sorprenderme que haya ocurrido aquí. En palabras de mi tía materna, lady Eugenia Spencer, «Lapis Lazuli House es una residencia peculiar, por decirlo suavemente». Y mi tía no es alguien que se conforme con decir las cosas suavemente.

En cuanto al estado del desván, es un desbarajuste de muebles, polvo y telarañas. Tras subir el último tramo de escalera, una se encuentra tres puertas. La de la izquierda es de una habitación de orientación oeste, con una ventana y media que dan al jardín trasero. La puerta central es de un armario en el que reina un completo caos. La puerta derecha es de una habitación de orientación este, también con una ventana y media, pero que dan a la calle. La media ventana es resultado de Lapis Lazuli Minor, que el primo Archibald creó al tabicar un pedazo ridículamente pequeño de la casa, de trece palmos, con el fin de atraer a inquilinos acaudalados. Después de ceder otros trece míseros palmos en el resto de las plantas —cuatro de los cuales los ocupa la antigua escalera de servicio—, Archibald dio rienda suelta a su generosidad en el desván y cedió la mitad de la planta. Lo que significa que mis habitaciones son más pequeñas y cada una dispone de una ventana y media.

He encontrado una cama y una mesilla entre los despojos de la sala este, y aquí es donde acamparé hasta que pueda meditar sobre posibles planes de actuación. Agnes se aseguró de que comprendo que la ropa de cama ha sido lavada dos veces. Tan vehemente fue su defensa de la limpieza de las sábanas que reconozco haberme alarmado un poco al pensar en cuál sería su estado anterior.

Descubrí, entre el caos del desván, un ejemplar gastado de *El Paraíso perdido*. ¡Viva! Supone un revés para el plan del primo

Archibald de condenarme a la ignorancia. Será maravilloso tener algo que leer hasta que pueda reconstruir mi biblioteca. Y hallar a Milton en la buhardilla ha de ser por fuerza un presagio de alguna clase.

Así que me digo: bienvenida a casa.

Voy a encargar unas tarjetas de visita.

Emma M. Lion

Lapis Lazuli House, Whereabouts Lane

Londres

6 de marzo

Esta mañana se me ha informado de que, salvo que se me indique lo contrario, mis comidas se me servirán en una bandeja en la buhardilla. No podré ir al comedor. Parian me dio la noticia con evidente satisfacción. Presiento que mi destierro es motivo de considerable felicidad para él. No se lo tendré en cuenta. Después de todo, es el ayuda de cámara del primo Archibald. No debe de conocer demasiados momentos felices.

Cuando se marchó, reflexioné sobre esta sentencia y las ventajas que me procura. Sin duda, es una bendición hacer las comidas sola, lejos del escrutinio de un anciano cascarrabias. Para celebrarlo, sentada plácidamente en mi asiento de la ventana, me comí unas galletas de la lata que me envió Arabella.

Siempre me han gustado las vistas desde Lapis Lazuli House, situada justo en el recodo de Whereabouts Lane. Permite advertir perfectamente a cualquiera que venga o vaya, y más desde la ventana de la quinta planta, pues es como si la casa se pusiera de puntillas para divisar los tejados de Londres. Hacer aquí mis comidas, aunque esté pensado como un insulto, no me supondrá perjuicio alguno.

La única desventaja de comer de una bandeja en la buhardilla (una imagen de lo más poética, por otro lado) es que mi economía no me permite sufragarme escapadas a tomar té y pasteles como suplemento de los comestibles que el destino me envíe desde la cocina. Y es de todos sabido que quienes viven en buhardillas extraen al menos una porción de su sustento del té y los pasteles de

establecimientos tales como Everett's o el Reed and Rite. Es un hecho científico indiscutible. No me extrañaría que Darwin escribiera algo al respecto. Por cierto, que el buen señor murió en Kent el año pasado. ¡En Kent nada menos! Eso sí que es supervivencia del más apto. Si he de hacer caso de sus teorías, quizá debería irme a Hyde Park y ponerme a forcejear con jóvenes damas para sustraerles el bolso. Londres es un entorno hostil y una debe sobrevivir.

El primo Archibald no ha hecho aún acto de presencia y, por tanto, no he tenido ocasión de preguntarle por el salario que se me debe y también por mi asignación. Presiento que tampoco los ha olvidado él y por eso me evita. He visto la sombra de un hombre escabullirse de la casa por la mañana temprano y volver a finales de la tarde, y me atrevo a asegurar que, si hablamos de una sombra con forma de hombre, no puede ser otro que el primo Archibald. El cual no solo anda escaso de peso, sino también de humor, espíritu y temperamento.

Encontré un espejo en la habitación oeste y lo he colocado en la este, sobre el lavamanos. Debió de pertenecer a mi tía abuela y tiene un bonito marco dorado decorado con una cenefa griega. Apoyado contra la pared, es lo bastante alto para mostrar mi reflejo entero.

Estoy algo pálida.

Después de tanto tiempo de parecerme a mi padre, ahora me resulta alarmante ver a mi madre. Sigo teniendo los ojos de mi padre, de ese verde mar tan insólito; ojos separados, grandes, objeto de la desaprobación más absoluta de la prima Matilde.

Pero mi madre se ha impuesto en un *tour de force*. Tengo sus pómulos, su forma de arquear las cejas y ese rasgo de las mujeres

de esta familia: el hoyuelo en la barbilla. Mi pelo es oscuro y rebelde, un regalo de mi abuela portuguesa por parte de madre.

¿Y en el puente de la nariz? Una constelación de pecas.

—Se te irán cuando seas mayor —me dijo en una ocasión mi madre.

—Espero que no —replicó mi padre desde la otra habitación, encorvado sobre una ilustración—. Sería una lástima que Emma perdiera esa pizca de magia, ¿no os parece?

Bien, padre mío, no la he perdido, aunque ahora me miro en este espejo y me reconozco menos que cuando era niña. Supongo que es algo que ocurre cuando te haces adulta y no has encontrado aún tu lugar en el mundo.

En lo que a estatura se refiere, no soy ni muy alta ni muy baja, sino que me hallo en un prosaico nivel intermedio. La prima Matilde afirmó en una ocasión que sería mi única virtud a la hora de encontrar marido. «Los hombres no quieren un espécimen alto y zancudo, tampoco una joven raquítica, con la excepción de su Majestad la Reina. Tu estatura es tu única ventaja. Es posible incluso que puedas aspirar a un empleado de banca, siempre que le des un hijo y una hija, en ese orden. —A continuación, agitó el dedo—. ¡Será posible, todas esas mujeres que insisten en dar a luz a primogénitas! ¡A saber qué tendrán en la cabeza! ¡Pájaros, sin duda!».

Mi más sincero agradecimiento, prima Matilde, por tu generoso pronóstico de mi vida futura.

7 de marzo

Hoy he recorrido St. Crispian's casi entero. Era un ritual de mi padre, que iniciaba cada estancia en Lapis Lazuli House con una inspección del vecindario, y yo he continuado su práctica.

Es una delicia estar de nuevo en Londres y, lo que es mejor, en St. Crispian's. Siempre ha sido mi vecindario favorito, por encontrarse tan próximo a Primrose Hill. Aquí se concentra gran parte de la historia más insólita de Londres. La iglesia del siglo xv construida sobre un lugar de enterramiento celta. Los restos del fuerte romano todavía haciendo guardia al final de Whereabouts Lane. La horca, intacta a excepción de la soga, aguardando silenciosa en el centro de Traitors Road. Si uno lee las biografías de algunos de los más ilustres —a la par que ligeramente escandalosos— londinenses, comprobará que a menudo pasaron años decisivos aquí, en el maravilloso St. Crispian's.

Milagrosamente, en St. Crispian's también hay presentes dosis considerables de «respetabilidad», gracias tanto a Sterling Street como a Baron's Square. Lady Trewartha reside aquí, lo mismo que lord y lady Blankenship, el general Braithwaite y el duque de Islington. No puedo decir que los conozca personalmente, puesto que me encuentro un peldaño o dos por debajo de su elevada posición, pero en una ciudad como Londres una siempre está al tanto de qué personas de rango viven en los alrededores. Es inevitable. Las habladurías son más contagiosas que la peste.

He de admitir que el vecindario tiene algunas idiosincrasias. La arquitectura en ciertos lugares podría calificarse de excéntrica. La

flora y la fauna tienden a crecer a una velocidad asombrosa. Justo es decir asimismo que existen otras «peculiaridades» que tendemos a no comentar en público fuera del vecindario. Pero insisto, St. Crispian's es casi perfectamente normal.

Casi.

En todas las tiendas, los letreros están bien cabeza abajo, bien de atrás adelante, pues, desde la llegada al trono de Carlos II, se considera que da buena suerte. No sé qué decir, excepto que parece haber funcionado. Todos los negocios de King Henry's Road son muy prósperos.

St. Crispian's está cómodamente encajado —aunque decir «cómodamente» quizá sea demasiado generoso— entre Primrose Hill y Primrose Hill. Traducido: lo forman cuatro calles con varios apéndices y una plaza, situados todos ellos en el centro mismo del vecindario de Primrose Hill. Un estado dentro de otro estado, un poco como el Vaticano. Las tres calles principales son las siguientes: Traitors Road, hacia el oeste; la mía, Whereabouts Lane, al este, y, entre ambas, Sterling Street, que, como no podía ser de otra manera con semejante nombre, desemboca en Baron's Square. Las tres calles están atravesadas por la Diagonal y ceñidas en el extremo sur por King Henry's Road.

Como he dicho, tanto Sterling Street como Baron's Square son calles «respetables». Mucho. Las casas tienen un diseño uniforme y están todas pintadas de blanco, con rosas flanqueando las escaleras que conducen a cada puerta, perfectamente pintada de verde. Por predecible que pueda resultar todo, siempre disfruto de mis paseos por aquí.

Whereabouts Lane, mi pedazo particular de St. Crispian's, no

participa en absoluto de esa armonía blanca y verde adornada de rosas. Tiene más de batiburrillo de ladrillo y piedra, todo de color gris o crema o marrón rojizo, con cada puerta pintada de un tono ligeramente distinto. Siempre ha sido así. Cada diez años más o menos, los residentes de Whereabouts Lane invitan a un pintor (por lo general francés) a que venga y escoja una paleta cromática para puertas y contraventanas, con la excepción de las puertas de Lapis Lazuli House, que se quedan de color lapislázuli, es decir, azul brillante. Mediada la década de 1870, se invitó al artista Édouard Louis Dubufe a que seleccionara la paleta de Whereabouts Lane. Ahora que estamos en 1883, vuelve a hablarse de encargarse un proyecto nuevo. Lo sé porque el primo Archibald escribió sobre el debate a la prima Matilde. Hay quienes insisten en que sea pronto. Lo que, traducido, quiere decir que el señor Morrow se ha cansado de tener una puerta principal rosa.

Al oeste de St. Crispian's, Traitors Road es toda de piedra caliza gris traída desde Escocia. Alberga una horca, como he dicho antes, la cual es popular entre los solterones y varios jóvenes caballeros londinenses, que la ven como una gran aventura. (Byron se enfrentó una vez en duelo en medio de Traitors Road estando borracho. No hay joven varón que no encuentre esto emocionante). Los residentes actuales se enorgullecen de tener las farolas más insólitas a la puerta de su casa y es costumbre entre grupos de jóvenes de la ciudad pasear por la calle en la penumbra que precede a la oscuridad total para admirar dichas farolas en todo su esplendor. Mi favorita es la de un zorro con un pájaro en la boca en la que el pájaro es la luz, solo que con alas.

Si bien la respetable Sterling Street continúa colina arriba hasta

terminar en la hermosa Baron's Square, tanto Traitors Road como Whereabouts Lane desembocan en anodinos callejones. Dichos recodos les confieren un trazado de lo más irregular y hacen casi imposible que los coches puedan dar la vuelta.

La Diagonal discurre desde el tramo norte de Traitors hasta el sur de Whereabouts, cruzándose cortésmente y a medio camino con Sterling Street.

Dicho esto, lo mejor de St. Crispian's es la casa alta con puerta azul que ocupa un recoveco de Whereabouts Lane.

Mi hogar.

A Maxwell siempre le divertían mis historias de St. Crispian's. Decía que vendría a Londres cuando lo hiciera yo y se alojaría en Traitors Road.

«De eso nada. Serías un invitado en Lapis Lazuli House», insistía yo.

Parte de mí aún espera verle cruzar la puerta principal.

8 de marzo

Voy a tener que lidiar con la cuestión del desván. Es una realidad desalentadora. Una rígida práctica de evitación puede ser tolerable de momento, aunque signifique dormir en esa estrecha cama entre muebles desparejados y con mis escasas pertenencias desperdigadas, pero el polvo y las telarañas exigen mi atención. Quizá mañana.

Agnes me ha dicho algo interesante y, con ello, el lado gracioso de su por lo demás poco agraciada naturaleza se ha dejado entrever. Al parecer, El Romano pernocta en Traitors Road.

El Romano es un centurión que vela St. Crispian's. En otras palabras, un fantasma. Personalmente, yo no lo he visto, pero quien más y quien menos tiene alguna anécdota con él: la señora Bailey, el señor Ford, incluso el ínclito solterón Plithco Wright, cuyo jardín bordea un tramo de la muralla.

Según la leyenda local, fue él —El Romano, no el señor Wright— quien ordenó construir el muro que separa Whereabouts Lane de Magi Street. De dicha muralla solo quedan hoy vestigios, pero todos se refieren a ella como si estuviera en su máximo esplendor. El Romano nunca se aleja demasiado de sus amadas ruinas, por eso que haya aparecido en Traitors Road es digno de mención.

Dicen que El Romano habla en correcto inglés porque hace setenta años un profesor de latín se lo enseñó. Por desgracia, no puedo dar fe de este hecho.

A pesar de estar cerca de Primrose Hill y Regent's Park, en St. Crispian's contamos con nuestro propio jardincito. Se accede a él por

una puerta —un pasaje de piedra, en realidad, con dos bancos dentro de su arco alargado— situada al final de Whereabouts Lane. Consta de una pequeña pradera, un rincón arbolado y varios pintorescos muros de ladrillo que cierran tres de los lados del parque. El cuarto lo completan los restos de la muralla romana. Llamamos al jardín Jacob's Well. El pozo de Jacob. Nadie parece recordar por qué.

Esta mañana le he preguntado a Agnes si El Romano ha sido visto en Jacob's Well, antaño uno de sus rincones predilectos. Se rio igual que si le hubiera dicho que soy una rana.

—Pues claro que no, señorita Lion. ¿Dónde practicarían los monjes?

Yo parpadeé.

—¿Los monjes?

—Desde hace ya dos meses los monjes de St. Benedict's alquilan Jacob's Well desde medianoche hasta el amanecer —contestó Agnes.

—¿Por eso oí cánticos anoche? Supuse que estaba soñando.

Me miró como si me considerara tonta.

—Pues claro. ¿Por qué si no?

Eso digo yo. ¿Por qué si no?

9 de marzo

Hoy he suspirado al pasar por delante de The Dalliance, la librería de St. Crispian's. No he entrado. Hay realidades que debemos aceptar, y una de ellas es mi monedero vacío. Pero sí me detuve frente al escaparate y vi el letrero que, leído del revés, afirma que allí se venden «libros nuevos, ligeramente usados y abominablemente tratados pero resucitados».

Adoro esta tienda, pero sus precios, incluso para un libro resucitado, pueden ser bastante elevados. Y su dueño, el señor Graves, lleva sin mirarme a la cara desde que vendí la biblioteca de mi padre a otro librero para costearme mi educación. Pero entonces yo vivía en el campo, en casa de mi tía. La cual se negó a autorizar que una joven de trece años viajara en tren con cientos de libros solo para satisfacer al señor Graves.

Oh, desventura.

Al llegar a casa, le envié esta nota a mi prima:

Arabella:

Ha llegado la primavera. Este cambio en el tiempo me sentará bien, creo. Espero con ilusión nuestro encuentro el mes que viene en Londres.

Tuya siempre,

Emma

Pocas horas después recibí esto:

Emma:

Disfruta al máximo tu primavera adelantada. Se avecina tormenta en Londres. Pronostico lluvia, pero la idea no resulta tan insoportable si una está preparada. La lluvia no disuadirá a mi querida mamá, puesto que tiene numerosos deleites preparados para las dos. Así pues, quién necesita el sol. Prepárate para lo que nos espera.

Siempre,

Arabella

Por lo general no nos interesa tanto la meteorología, pero en Navidad Arabella y yo acordamos un plan. Me atrevo a decir que lo urdimos, puesto que contravenir los deseos de tía Eugenia puede ser tan peligroso como despertar a las fuerzas oscuras. El plan era el siguiente: yo llegaría a Londres a principios de marzo, pero a tía Eugenia le diríamos que no lo haría hasta principios de abril, con lo que me procuraría —por no decir que robaría— un mes entero para instalarme antes de empezar a recibir órdenes de Spencer House.

Pero ¿y la ausencia de matasellos? Tiene fácil explicación. Envié la nota mediante Toff, un chico del vecindario que ahorra para sus estudios llevando mensajes a los residentes de St. Crispian's, y metí la susodicha nota dentro de un sobre viejo que ya le había hecho llegar en una ocasión a Arabella, con matasellos de Bournemouth.

Todo muy clandestino.

Hace ya un mes que Arabella y yo sustrajimos el mes de marzo a

tía Eugenia, y ninguna de las dos siente remordimiento alguno. Cuando a mí empezó a preocuparme que nos descubrieran, Arabella me miró con sus ojos azul nomeolvides y dijo: «Emma, tensa tu valor hasta su límite».

Citar a lady Macbeth quizá no fue moralmente reconfortante, pero logró su cometido con bastante solvencia.

Es un alivio. Tener estos días limpios y despejados por delante. Sin la prima Matilde que me prohíba respirar. Sin tía Eugenia Spencer dándome órdenes. Y sin que, de momento, el primo Archibald me haya empujado a la violencia.

10 de marzo

Tenía labor urgente (traducido: se me reventó otra costura de la chaqueta marrón y me hice un agujero considerable en la falda mientras cambiaba muebles de sitio en la buhardilla), así que me la bajé a la cocina y di conversación a Agnes mientras troceaba verduras.

Es una muchacha flacucha, un pajarillo pecoso con pelo de color pajizo. La contrató el primo Archibald de criada hace seis meses y, poco después, cuando se marchó la cocinera, se le asignaron también todas sus tareas y sin aumento de sueldo. Un escándalo al que pondré remedio cuando tome el poder.

—No me importa —me confió Agnes, pues el ritmo continuo de mi aguja por un momento la indujo a tomarme por una compañera del servicio—. Es fácil preparar sopas, pan y púdines, y, como no celebra comidas formales, el amo no necesita mucho más. Al que se le llevan los demonios es a Parian.

—No es necesario que llames «amo» al primo Archibald, Agnes. Puedes llamarlo perfectamente «señor Flat». Y, en cuanto a Parian, que pruebe a buscar un empleo más cómodo si no está conforme.

Agnes rio.

Agnes es de la frontera angloescocesa, pero su madre quería que se colocara con una familia inglesa acaudalada y le pulió el acento hasta lograr que hablara «como es debido».

Y luego terminó en Lapis Lazuli House. Pobre muchacha.

—Qué voz tan bonita tiene usted, señorita Lion —dijo Agnes, llegado un momento.

Resoplé sin que hubiera sido en absoluto mi deseo y a continuación reí.

—¿Eso crees?

—Es distinta..., gris púrpura, como el anochecer. Un poco rasposa.

—Parece que estés hablando de un cardo —contesté.

—Mi madre siempre decía que una muchacha con una voz como la suya podría tener al hombre que quisiera.

No dudo de la agudeza de la madre de Agnes, pero es la afirmación más ridícula que he oído en mi vida.

Y eso le dije.

Agnes rio de nuevo y las pecas de su cara asomaron por entre el rubor provocado por la risa.

—Mi madre tiene opiniones sobre todo, señorita Lion.

No lo dudo.

11 de marzo

Lluvia, de tan melancólica, reconfortante.

12 de marzo

La crónica de una batalla debe ser desapasionada, sobria. Es lo que aspiro a lograr hoy: ese tono rígido y fundamentado en hechos propio del corresponsal de guerra, porque no quiero que la emoción lo enturbie.

Estos son los hechos sin adornar: se me prometió una pensión. A pagárseme de la renta asociada a esta casa, mía por derecho. Aún no he percibido dicha pensión. El primo Archibald parece reacio a tratar este asunto. Traducido: he llamado a la puerta de su despacho cada vez que lo veía volver a casa y le he preguntado al respecto y él se ha negado a contestar.

Asimismo, se me adeuda el salario correspondiente a tres años de trabajo como señorita de compañía de Matilde. Pregunté por dicho salario cuando me propusieron la posición. Yo acababa de salir del internado y se me sugirió aplazar el cobro de mi estipendio, el cual se ingresaría en el banco hasta constituir una Bonita Suma. Esas fueron las palabras exactas del primo Archibald. «Bonita Suma».

—Mi hermana y yo te guardaremos el salario de manera que cuando te instales definitivamente en Londres dispongas de una Bonita Suma para establecerte.

—Así como la renta asociada a la casa —añadí yo.

—Sí, sí. Tal y como estipulamos, recibirás la renta prometida. Ello, unido a la Bonita Suma, te convertirá en una joven de lo más afortunada.

¿Afortunada teniendo que acompañar a la prima Matilde durante tres años? No encuentro de recibo usar esa palabra.

No obstante, entusiasmos aparte, la propuesta del primo Archibald me pareció sensata. Tres años de salario supondrían un grado de seguridad añadido con el que afrontar mi independencia. Pero, cada vez que intento mantener una conversación con él, se niega a abrirme la puerta. O a darse por enterado de mi existencia.

En lo referido a finanzas de las que una no es poseedora pero sí acreedora, por lo general no creo en los paños calientes. Mi lema es: actuar por mi propio bien o para no terminar aplastada por las incertidumbres del futuro. Reconozco que adoptar este lema precisamente ahora resulta un tanto temerario. El primo Archibald continúa esquivándome; mi estipendio de tres años es una promesa nebulosa y no he recibido noticia alguna de mi pensión.

Conociendo como conozco a Archibald Flat, tenía pocas esperanzas de que me recibiera con el salario que me adeuda, mi asignación y un beso paternal en la mejilla. (Gracias a Dios por esto último). Sin embargo, confío en que la pensión fiduciaria esté al caer.

Y sin duda supondría un consuelo disponer de la Bonita Suma en mi cuenta bancaria.

Por fin oigo revuelo en el piso de abajo. El primo Archibald debe de estar de vuelta. Quizá logre interceptarlo antes de que se encierre con llave en su cuarto.

13 de marzo

Me quedé despierta hasta tarde leyendo el primer libro de *El Paraíso perdido*. Cuando pasó de ser solo tarde a espectralmente tarde, apagué la vela, me senté junto a la ventana y me dispuse a esperar a El Romano.

No apareció.

Esta mañana mi gran empresa antropológica había dado como único resultado un dolor de cabeza. Le pregunté a Agnes, cuando me trajo el desayuno, si ha visto alguna vez a El Romano en Whereabouts Lane.

No lo ha visto.

Ajá.

Apuntes sobre mi lectura

* «Confuso aunque inmortal», leído en el verso cincuenta y tres.
¿Existe una combinación de palabras más encantadora?

* Llevo un cuarto de hora sentada en la ventana repitiendo este verso: «Desde la aurora al mediodía cayó, y del mediodía al rorante crepúsculo...». Yo no sé si he hecho algo alguna vez entre el mediodía y el rorante crepúsculo. Igual debería probar. Bien es cierto que esto fue una caída desde el cielo, algo que probablemente sea menos grato que una larga sesión de lectura junto a una ventana.

* «... mientras en lo alto la Luna

Asiste al espectáculo y hacia la Tierra inclina

Su pálido curso...».

14 de marzo

Me despierta de madrugada un sonido igual al que me atormentaba en el internado.

Un correteo.

Un chirrido.

Un arañazo.

Seguido de un chillido de lo más terrenal.

En este desván hay ratones.

Lloro.

15 de marzo

Los dos últimos días los he dedicado a instalarme de una manera que solo puedo describir como Desafortada. Después de todo, son los idus de marzo.

Empecé por trasladar todas las cosas, salvo el armario y la cama, de la habitación este a la oeste. Para los muebles de mayor tamaño, recluté la ayuda de Agnes. Parian no estaba por ninguna parte.

Al poco de embarcarme en mi empresa, mis sospechas de medianoche se vieron confirmadas. En efecto, hay ratones en la buhardilla. Sus excrementos estaban debajo de cada mueble que movimos. Lo que me llevó a pedir a Agnes un cubo con agua caliente.

—¿Quiere que lo haga yo, señorita Lion?

—No, no —le dije—. Esta es mi guerra, y tú tienes una casa entera que limpiar.

Aunque en realidad me preguntaba si alguna vez la habría limpiado a fondo.

Froté y froté con agua caliente y lejía. Tengo las manos enrojecidas y llenas de ampollas, pero hasta la última superficie de estas dos habitaciones ha sido restregada dos veces.

Contra su voluntad, mandé a Parian a comprar pintura.

—No le estoy pidiendo que me ayude, Parian —le informé cuando me lo encontré en el salón de recibir descansando con los pies en alto—. Solo le estoy pidiendo que emplee los pies en algo que no sea lo que está haciendo ahora mismo.

—Estoy esperando el aliciente monetario —fue su respuesta.

—Tanto usted como la pintura pueden extraer el aliciente de su salario y de los gastos de la casa respectivamente —le informé—. Es posible que viva en el desván, Parian, pero soy la propietaria legítima de esta residencia y, cuando cumpla veintiún años (un feliz acontecimiento que se producirá en enero), ya no precisaré la tutela del primo Archibald. Es probable que mi sobrevenida autoridad se haga extensible al presupuesto de la casa, del que sale su salario.

Esta cruda exposición de los hechos obró maravillas. Parian se puso en pie de un salto, me comunicó que la casa estaría encantada de proporcionarme la pintura y me preguntó si necesitaría también brochas.

16 de marzo

El primo Archibald sigue entrando y saliendo de la casa a hurtadillas como si hubiera robado algo. Aunque mi imaginación disfrutaría de convertirlo en ladrón, lo cierto es que lleva evitándome desde el incidente de La Cicatriz.

Quizá debería ponerme un cascabel en cada tobillo para que me oiga acercarme, como si fuera un gato.

17 de marzo

Parian ha debido de confundir mi pintura con el reparto de la leche. Estaba aguada y demasiado líquida, pero yo estaba resuelta. He pintado el suelo, las paredes y el techo cuatro veces. Las latas de pintura están vacías y la brocha ha quedado hecha un desastre, pero mi habitación es ahora... agradable. No perfecta, pero aseada. Tiene aspecto de casita junto al mar en lugar de buhardilla londinense. Hablo de habitación, en singular, porque solo tenía pintura suficiente para la habitación este. Aunque lograra convencer a Parian de repetir su acto de caridad y procurarme más, no me quedan fuerzas para seguir empuñando la brocha.

18 de marzo

Tras haber faltado a mi obligación el domingo pasado, hice propósito de enmienda y recorrí la Diagonal hasta donde se cruza con Traitors Road para asistir al servicio religioso en la ya mencionada capilla construida originalmente en el siglo ^{xv} sobre un enterramiento celta. Fue reformada en el siglo ^{xvii}. Los estudiosos lo ponen en duda. No la reforma, sino el enterramiento celta. Pero St. Crispian's se mantiene en sus trece.

Nuestro vicario es conocido como el Joven Hawkes, aunque algunos de los caballeros que alquilan habitaciones en Traitors Road se refieren a él como «Hawkes el Zorro» o «El Formidable Nigel Hawkes», cosa chocante, divertida y maravillosa, porque el Joven Hawkes estudió en Eton y Cambridge con varios de nuestros nada respetables pero sí afables caballeros solteros y solo cuenta veintisiete años de edad.

Llegó a St. Crispian's hace ocho años para formarse con nuestro antiguo vicario, el padre May. El padre May dedicó tres meses a presentar al Joven Hawkes, como lo llamaba, a todos los vecinos de St. Crispian's, fueran o no anglicanos. Finalizados los tres meses, le pidió que diera el sermón.

Aquel domingo en particular está grabado a fuego en la memoria colectiva del vecindario y yo tuve la fortuna de vivirlo, puesto que era junio y, por tanto, estaba de visita en Lapis Lazuli House con mis padres.

Todos sentíamos curiosidad por lo que tendría que decir el joven coadjutor. Su físico no encajaba con la profesión. El pelo nunca

peinado del todo. La cara demasiado bien parecida para una carrera eclesiástica. En aquel memorable día, sus amigos de Eton y Cambridge llenaban los últimos bancos, callados pero alborotando igualmente.

El Joven Hawkes se levantó y nos obsequió con una sublime introspección. Y digo «introspección» porque, en lugar de un árido sermón, se olvidó de la congregación y dedicó una hora a conversar con Dios.

Habló de la Gracia, forcejeó con ella. Sus palabras eran parte plegaria, parte soliloquio y parte exploración de sí mismo, de sus motivos y del lugar de Dios en todo ello. Estábamos todos hechizados.

No quiero dar la impresión de que se mostró sensiblero o excesivamente indulgente consigo mismo. De hecho, fue su sinceridad modesta lo que dio tanto vigor a sus palabras. Parece tener un don para el lenguaje. Flota a su lado, fluido y misterioso, como Ariel con Próspero. De manera que el Joven Hawkes nos hechiza con sus palabras y nosotros lo escuchamos fascinados.

La emoción de su primer sermón fue en aumento y terminamos todos sentados en el borde del banco, inclinados hacia delante y sin resuello. Y, cuando el Joven Hawkes por fin concluyó, se hizo un silencio en la capilla por espacio de lo que pareció ser media hora, pero en realidad fueron meros segundos. A continuación, aplausos.

Nunca he oído un aplauso así en una iglesia y dudo de que lo haga de nuevo.

El padre May, al observar lo ocurrido, dejó que un atisbo de sonrisa le atravesara el semblante y a la mañana siguiente desapareció sin más. No se llamó a la policía, puesto que varios

testigos lo vieron abandonar el vecindario con sus maletas y de camino a los muelles, donde embarcaría rumbo a América.

El Joven Hawkes recibió una carta de la diócesis notificándole que un hombre más experimentado en el sacerdocio sería enviado para sustituir al padre May a su debido momento. Ocho años después, el Joven Hawkes sigue siendo nuestro vicario, sigue usando ese nombre y tres domingos al mes da un sermón. Un vecino de Whereabouts Lane comentó en una ocasión: «Casi nunca puedo permitirme entradas para el teatro, pero no importa; tenemos a Hawkes. ¿Sabía usted que el mes pasado citó de memoria fragmentos enteros de *Hamlet* y estuvo a la altura de cualquier actor?».».

El cuarto domingo de cada mes, agotado por las tres semanas de sermones, el Joven Hawkes se limita a leer desde el púlpito sus pasajes predilectos de la Biblia, además de algún que otro poema. En los últimos años ha dado preferencia a los románticos. Oír leer a este hombre es maravilloso. En especial cuando son poemas menos religiosos y más inclinados a los sentimientos del corazón. Esos los suele leer cuando varios de los miembros más venerables de la congregación ya están echando una cabezada.

Estamos todos enamorados de este vicario nuestro.

Entre semana es una *rara avis*. El instinto te dicta dejarlo tranquilo a no ser que empiece él la conversación. No es que sea un ermitaño o un narciso, o alguien raro; tan solo cultiva una economía de la interacción de contenida elegancia.

A pesar de que nadie cuenta sus penas al Joven Hawkes, es cierto que las viudas son escuchadas, los enfermos reconfortados, los desamparados atendidos y los borrachos... Bueno, en realidad ignoro

qué les dice a los borrachos, pero me consta que habla mucho con ellos. Tiene habitaciones en Traitors Road, en diagonal respecto a la iglesia y contiguas a The Cleopatra, la taberna de St. Crispian's.

Nunca he hablado con él personalmente, pero, hace tres años, cuando estaba visitando al primo Archibald, me crucé con Hawkes en Traitors Road, cerca de sus habitaciones. Al verme cerró su libro —siempre lee un libro mientras camina— y me pidió que esperara.

Solo eso.

Dijo: «Espere».

A continuación, el Joven Hawkes desapareció por la puerta del edificio donde tiene sus habitaciones. Y yo esperé, de lo más perpleja.

Al cabo de varios minutos, Hawkes salió y me dio una tarjeta. «Señorita Lion», dijo, y se fue sin más. Yo pestañeeé rápidamente varias veces seguidas mientras lo miraba dejar atrás The Cleopatra y cruzar la calle en dirección a la iglesia. Cuando entró, miré lo que tenía en la mano. En una tarjeta color crema había garabateada una única palabra: «Imperterritus». Le di la vuelta y, estampado en oro y con relieve, había un hermoso león. No era dócil, pero tampoco feroz o violento, más bien parecía impasible. Y así fue como, tras una pequeña investigación, averigüé lo que significa *imperterritus*.

Impasible. Impávido.

Me llevé la tarjeta a casa y aún la conservo. Milagrosamente, pues la estaba usando de señalador para la Biblia de la prima Matilde, sobrevivió a La Gran Quema de 1882.

Esta historia no se la he contado a nadie. Es nuestro secreto, suyo y mío. Desde entonces no hemos hablado.

El Joven Hawkes parecía el mismo de siempre hoy en la iglesia.

Habló sobre fiestas bíblicas y, cuando paseó la vista en la congregación, creo que reparó en mi presencia y me saludó con una levísima inclinación de cabeza.

19 de marzo

El primo Archibald por fin ha reunido valor para dar la cara. Sigue teniendo La Cicatriz bajo la ceja izquierda. Cuando entró en mi habitación —pues no he sido invitada al piso de abajo—, se aseguró de sentarse junto a la ventana, de modo que le diera la suficiente luz en la cara para hacerla visible. Parecía un cuadro flamenco. Estuve en un tris de sugerirle una sesión de espiritismo para convocar a Vermeer.

El primo Archibald es un firme partidario de perdonar a quienes lo ofenden, excepto a mí. A mí quiere verme ardiendo en el fuego eterno.

Nuestra conversación fue más o menos como sigue:

—Así que has venido —dijo él.

—¿Estás desilusionado? —dije yo.

Silencio.

—No, no, no. En absoluto. Aquí estás. Supongo que Matilde no podía tenerte para siempre con ella —dijo él.

Desde luego que no, pensé yo.

—Tengo dudas respecto a que tu hermana esté en su sano juicio, primo Archibald —dije.

—Su última carta era perfectamente cuerda. Sus palabras me conmovieron, y también me conmovió comprobar que nuestros lazos de sangre se manifestaban en opiniones parecidas.

Llegado este punto, fruncí el ceño.

—Esa carta era una difamación flagrante de mi persona —dije yo.

Esto lo sé porque le escribía todas las cartas a la prima Matilde —

era una de mis muchas tareas— y yo misma la eché al correo. Condenada por mi puño y letra.

—Menosprecias su capacidad de percepción —replicó él— y su generosidad para contigo, en cuanto heredera mía a pesar de que no guardas relación de sangre con ninguno de los dos, no tiene parangón.

Se me rompió la taza de té ~~de tan fuerte como la apreté~~ no sé muy bien cómo. Sonreí con el vestido manchado por la infusión y dije:

—Desde luego que no tiene parangón.

Mi primo tuvo la decencia de apartar la mirada —lo que nos facilitó a los dos aceptar su mentira— y dio vueltas a su té, haciendo tintinear la cuchara contra la taza mientras paseaba la vista por la habitación.

—Espero que te agrade tu alojamiento —dijo. No «habitaciones», sino «alojamiento». Como si yo no tuviera derecho alguno sobre esta casa. O como si fuera una americana excéntrica en la frontera del Oeste considerando alojarme en una casa de huéspedes de dudosa reputación mientras me dedico a buscar oro en las colinas. Algo que, cuanto más lo pienso, más plausible me parece si al final resulta que vivir en Londres no me convence.

—Mis habitaciones son encantadoras. Voy a ser muy feliz aquí —contesté, siendo sincera.

Se pasó los dedos por el escaso pelo y con ello trasladó a los mismos la grasa de su cabello; a continuación, cogió uno de los *scones* que había preparado Agnes para el té.

—Así las cosas..., así las cosas —dijo para templar mi felicidad—. Si prefieres una habitación en la tercera planta...

—¿Cerca de Parian? —exclamé yo. Dios no lo quiera—. Prefiero evitar ese pequeño infierno, primo.

Le ofendió sobremanera que yo conociera la palabra «infierno» — leo la Biblia— y se marchó.

Fue nuestra conversación más cordial desde La Cicatriz, diría.

20 de marzo

Estoy satisfecha con el estado de mis aposentos. Claro está que no puedo recibir a las visitas en una buhardilla, pero las únicas que preveo son de Arabella, que se reirá, y Mary, que estará encantada.

Hoy he cometido dos hurtos. El primero consistió en colarme en las habitaciones de la cuarta planta en busca de una alfombra decente.

En un dormitorio polvoriento, encontré una alfombra turca a medio enrollar. Es magnífica, tejida con el color del crepúsculo: ni naranja ni rosa, sino algo a medio camino, con dibujos en verde, turquesa y morado cálido. Es muy grande, y lo primero que hice fue medirla con un trozo de cinta, pues me preocupaba que no cupiera en mi desván. Pero sí cupo. Me sobró medio palmo de perímetro. Después de reclutar a Agnes y exigirle que guardara el secreto, esperamos a que tanto el primo Archibald como Parian salieran y entonces la transportamos escaleras arriba. Requirió un gran esfuerzo, pero logramos escalar la montaña, y con el piso, las paredes y el techo todos blancos, la alfombra parece un cuadro pintado en el suelo.

El segundo robo, que supongo que no cuenta en realidad como tal, se reduce a que encontré una librería en la habitación oeste del desván y he tomado posesión de ella. Está pintada de un bonito verde, nada menos. Desconozco cómo pudo llegar a ser de dicho color, pero me resisto a creer que sea mérito del primo Archibald. Después de colocarla, Agnes y yo elegimos dos sillas, que hicimos

mullidas mediante una selección de cojines desparejados, y pusimos un escritorio pegado a la pared.

—Es... colorido —dijo Agnes.

Yo estuve de acuerdo.

—Mi madre habría dado su aprobación.

—¿Era turca?

Reí. No pude evitarlo.

—No, Agnes, no era turca, pero le gustaban los colores vivos, algo que atribuía a su ascendencia portuguesa por parte de madre.

—Pues mi madre no aprobaría unos colores tan vivos —dijo Agnes—. Ni siquiera le parece bien que existan personas portuguesas.

—Cielo santo —contesté.

Cuando se fue Agnes, me senté en la cama y miré mi librería vacía al otro lado de la habitación. Representa pesar y esperanza. Capricho y experiencia.

Cinco estantes vacíos es una visión algo desalentadora, por lo que me levanté, cogí *El Paraíso perdido* del escritorio y lo coloqué en el lado izquierdo del estante superior. Su lomo de cuero marrón está atravesado por una franja rojo intenso. Milton parece más que dispuesto a ocupar por sí solo el estante hasta que le encuentre compañía adecuada. Agradezco su generosidad, lo digo de corazón.

22 de marzo

Dado que todos mis diarios personales se perdieron en La Gran Quema de 1882, consigno aquí una relación de mis familiares vivos... con alguna referencia a los muertos.

Por parte de madre, tengo una tía, lady Eugenia Spencer. Es la única hija de la primera mujer de mi abuelo. Siete años después de morir su esposa, mi abuelo se casó con mi abuela, una joven portuguesa. Mi madre nació al año siguiente. Mi madre y su hermana se querían, pero no estaban particularmente unidas. Mi tía Eugenia, hoy viuda, tiene dos hijos: mi primo Damian, que me saca cinco años, y mi prima Arabella, un año menor que yo.

Mi parentesco con el primo Archibald viene por parte de padre. Para alivio de ambos, solo somos primos políticos. Mi padre es hijo de un caballero inglés y la hija de un tendero irlandés. Creció en Irlanda, pero mantuvo fuertes lazos familiares en Inglaterra, a pesar de que fue desheredado. Su tía, la primera Emma M. Lion y heredera por derecho propio, recibió Lapis Lazuli House cuando mi padre fue desheredado. Quería a su hermano mayor, y en consecuencia adoraba al hijo irlandés de este, así que, antes incluso de casarse, nombró a mi padre su heredero, legándole tanto su casa de Londres como una pensión. Un poco más tarde, se casó con un joven llamado Archibald Flat y ambos se mudaron a Lapis Lazuli House. Los hados quisieron que, a las tres semanas de casados, mi tía abuela muriera de gripe. Fue una conmoción para toda la familia y, cuando se leyó su testamento, más aún para su marido, Archibald.

No le había dejado nada, únicamente los libros que había en la biblioteca.

Mi abuelo fue generoso y decidió que, puesto que mi padre era aún joven, Archibald podría permanecer en Lapis Lazuli y beneficiarse de la pensión, y que, a su muerte, la herencia pasaría a mi padre. Y fue así como mi padre tuvo que ganarse la vida mientras que el primo Archibald disfrutaba de sus rentas. No niego lo delicado de la situación. Habría sido aberrante poner a un cónyuge de patitas en la calle de esa manera. Pero se hace constantemente cuando el cónyuge es una mujer. Considero que tanto mi abuelo como mi padre fueron extremadamente generosos, y que Archibald no tanto.

Una de las cláusulas del acuerdo era que, una vez al año, por lo general en el mes de junio, mi padre se alojaría como invitado en Lapis Lazuli House (ejem, es decir, en su casa). Consciente de que dependía de la generosidad de mi padre, el primo Archibald hizo moderados esfuerzos por mostrarse hospitalario. Es posible que fuera hosco, pero nunca demasiado déspota. Lo cierto es que mi padre era la persona más encantadora y querida que ha existido jamás. Archibald no se atrevía a tratar mal a mi padre puesto que todo St. Crispian's lo adoraba. Pero Archibald solo quiso a mi madre. A mi padre lo toleró y a mí no me soporta.

Cuando heredé la casa a la muerte de mi padre, todo el resentimiento del primo Archibald salió a la luz. Entre él y su hermana mayor, la ya mencionada Matilde, urdieron una nueva versión de los hechos. Insistieron en que Archibald se había visto abocado a una situación difícil. «Se dejó engatusar por amor —me dijo Matilde una tarde—. Lo obligaron a mantener la casa y la familia de una esposa que tuvo la desconsideración de morir joven».

El colmo del absurdo.

Matilde dijo cosas especialmente crueles porque Archibald se negó a llevarla a vivir con él en Lapis Lazuli House y no le quedó otro remedio que casarse con un hombre que no era de su agrado.

Pero, incluso después de muerto mi padre, la visita anual se mantuvo hasta El Incidente, hace casi cuatro años, que resultó en La Cicatriz. Es solo la segunda vez que vengo a esta casa desde el Acuerdo de 1879, que firmamos cuando al primo Archibald aún le sangraba la herida.

No tengo intención de modificar la disposición actual, pero me consuela saber que el año que viene seré mayor de edad y podría destronar a mi primo con todas las de la ley en caso de que se ponga imposible.

Hablas como una mercenaria, Emma M. Lion.

23 de marzo

Hoy es Viernes Santo.

Encendí una vela por mi padre, puesto que es día 23, y a continuación otra, porque al ser Viernes Santo me parecía indicado. Me senté junto a la ventana y miré el reflejo de ambas en el cristal.

24 de marzo

Hoy he visto a Maxwell —o eso me ha parecido— en la calle frente a Regent's Park, iluminado por un rayo de sol vespertino.

Me alteré y la incertidumbre me despertó toda clase de emociones mientras volvía a casa.

Típico de él causar eso en mí.

25 de marzo

Domingo de Pascua. Me había esperado un sermón interpelando a Dios respecto a la cuestión de la inmortalidad, pero el Joven Hawkes se limitó a leer cada pasaje de la Biblia que consideraba aludía a la Resurrección de manera simbólica, figurada o literal. A continuación miró largo y tendido a los fieles de St. Crispian's y dijo: «Amén».

Se lo agradezco. Hoy no habría podido soportar un sermón, por hermoso que fuera.

26 de marzo

Pensando otra vez en Maxwell. Imposible no hacerlo. No poder ver su tumba me ha afectado más de lo que creía. No lo he enterrado y, por tanto, para una parte de mí sigue muy vivo.

Me ha ocurrido ya varias veces, lo de verlo, o creer que lo veo. En las calles de Bournemouth, o detrás de la casa de Matilde. Una vez en el cementerio cerca de Barrows Edge, después de un servicio dominical. Esa fue la ocasión que más me afectó, supongo; verlo allí de pie, rodeado de muertos. Claro que no era él. Era un hombre joven que no se parecía en absoluto a él, excepto que por su compostura habría jurado que era...

El momento inicial es siempre el más cruel, el estremecimiento que produce la constatación, ¿la alegría incluso? Hasta que el desconocido se vuelve y no es más que eso, un desconocido.

En ocasiones, alguien que se le parece dobla una esquina y desaparece antes de que pueda estar segura. O quizá ni siquiera estuvo nunca allí. Miro y lo veo, y, al instante siguiente, no hay nada salvo el espacio vacío donde debería estar un hombre joven vivo y respirando, pero no está.

Escribí una carta a su hermano, Evelyn, al mes de recibir la noticia de lo sucedido. No era larga y en ella le hacía una única pregunta.

¿Cómo era posible que alguien desapareciera de este mundo de manera tan súbita?

Nunca me contestó.

27 de marzo

Envié una nota a Mary diciéndole que estoy en Londres.

Para animarme después de tres días bastante melancólicos, releí varias de las cartas que me ha enviado desde que dejamos el colegio. Me reí tanto que tuve que abrir la ventana para respirar, con los brazos en jarras y lágrimas en la cara. Qué alivio tan bienvenido reír a pesar de todo y desterrar así el fantasma de Maxwell.

Estoy segura de que mañana será mejor.

28 de marzo

Después de recuperar una libertad considerable —es posible que por poco tiempo, solo hasta que tía Eugenia me convoque e imponga su voluntad en mi vida—, he establecido mi propia y grata rutina, que consiste en dar dos paseos diarios. Uno a media mañana y otro hacia el atardecer. Son dos horas poco propicias en lo referido a socializar, y quizá por eso me atraen. Disfruto de la expedición de media mañana. Me levanto, leo, estudio, me ocupo de unas pocas cosas y, a continuación, salgo. Me gusta. Me gusta mucho. Pero mi gran placer es el paseo vespertino, esa última hora de luz diurna que tan propicia es para el sol, la sombra y el alma.

Así ha sido esta tarde. Las farolas estaban encendidas, de las casas salía luz, y yo paseaba sola y feliz de estarlo.

30 de marzo

Hoy ha venido Mary de visita. Qué bocanada de aire fresco. Es divertida, apasionada y algo traviesa. Siempre lo ha sido. Tuvimos la suerte de compartir habitación en el internado —Fortitude, una escuela preparatoria para señoritas—, y desde entonces somos amigas íntimas.

Nuestro cuarto en el internado era del tamaño de un armario, con camas demasiado pequeñas para cualquiera de las dos y un ropero no más ancho que un reloj de pie. Contraviniendo las reglas del colegio, añadimos unos cuantos estantes que no fueron descubiertos hasta la noche en que sorprendieron a Winnie Pepper Smith paseando por los terrenos del colegio con un muchacho de Stoicism, una escuela preparatoria para chicos. Por culpa de la indiscreción de Winnie Pepper Smith, nos sacaron a todas de la cama y nos dieron una azotaina con una pala. Solo teníamos quince años. Tanto Mary como yo recibimos un azote de propina cada una por los estantes clandestinos. Lo más injusto de todo fue que, en el revuelo y castigo que siguieron, Winnie Pepper Smith escapó de la pala. La habían mandado a la cocina y se olvidaron de ella. Al día siguiente circuló el rumor de que la cocinera le había dado galletas con crema. Algo que no mejoró su reputación en la nación salvaje que eran los Dormitorios Femeninos A.

En cuanto a Mary, lleva en Londres desde el año pasado viviendo en una casa de huéspedes y trabajando de mecanógrafa para la fascinante y radicalmente nueva —y desaprobada por muchos— Compañía Telefónica Edison de Londres, S. L. Ni se acerca a los

teléfonos, pero es responsable de mecanografiar todo aquello que su superior quiera mecanografiado. Sí, he dicho «mecanografiado». Mary es una de las pocas mecanógrafas que hay en Londres. Su hermano mayor le regaló una máquina de escribir, pero no como gesto de amabilidad para con ella, sino para con él mismo. Sabía que de esa manera Mary encontraría ocupación y él podría hacer caso omiso de su existencia.

—Me habría aburrido mortalmente, Emma —me dijo Mary—, de ser más lento mi ritmo de trabajo. Pero este nuevo invento con el tiempo conquistará el mundo. Tan pronto como el Servicio de Correos deje de obstaculizar.

—No me sorprende que el director de Correos se resista con uñas y dientes a la novedad —dije yo, fingiendo estar más versada en el tema de lo que en realidad estoy—. Comprendo lo difícil que serían las cosas si todos pudiéramos decir de viva voz lo que normalmente enviamos por correo. Sería dar a la gente un poder extraordinario.

—También eran muchos los que no querían que la plebe aprendiera a leer y escribir, pero ¿dónde estaría el director de Correos si las masas no pudieran enviar cartas? —arguyó Mary.

—Pues hay quien preferiría que la plebe no supiera ni leer ni escribir.

Nos sonreímos, puesto que Fortitude, escuela preparatoria para señoritas, es una de esas instituciones.

Mary trabaja en Leadenhall Street para la compañía telefónica durante el día, y, por las tardes, transcribe documentos en su habitación para un profesor ocupado en escribir una crónica exhaustiva de la recién extinta Compañía de las Indias Orientales. En

cuanto a su alojamiento, se trata de una casa de huéspedes «limpia y respetable» para mujeres jóvenes situada en Southwark.

—Soy un baldón en el establecimiento de la querida señorita Lamb —me confesó Mary, agitando con ímpetu la cucharilla entre los dedos mientras miraba por la ventana.

—Me sorprende que no te haya expulsado.

—Ah —Mary sonrió—, es que aún no sabe que soy un baldón.

A continuación me refirió todo lo que ha hecho y visto en Londres, y quedé admirada, habida cuenta de que las jóvenes hospedadas con la señorita Lamb solo pueden salir para ir a trabajar o con un acompañante previamente aprobado.

—Cuando dices «aprobado», ¿te refieres a...? —inquirí.

Mary puso los ojos en blanco.

—Me refiero a padre, hermano o, siempre que haya superado un severo examen sobre moralidad y buenas costumbres, un primo responsable. Una tía podría ser aceptable en caso de que fuera rica, pero nadie más tiene permiso para descarriar a las pobres vírgenes acólitas de la señorita Lamb.

—Pero si acabas de hablarme de todo lo que has visto de Londres. ¿Cómo has conseguido escapar? —pregunté.

Mary se recostó en su asiento y me apuntó con la cucharilla del té.

—Porque yo, Emma Lion, tengo un primo.

—De eso nada, Mary Bairrage. Sé de buena tinta que tienes una familia todavía menos interesada en ti que la mía.

—Y por esa razón he alquilado uno. Espera a conocerlo, algo que harás, porque tenemos entradas para el teatro el mes que viene. ¿Te gustaría acompañarnos? Sería una buena ocasión para presentarte a

la señorita Lamb, ahora que lo pienso. Me será más fácil visitarte si cuentas con su aprobación.

—Acabo de liberarme del yugo de la moral caprichosa de una mujer mayor, Mary. No te atreverás a someterme a una entrevista así con la herida aún tan reciente.

—Pues sí, Emma.

Me prometió que obtener la aprobación de la señorita Lamb no requeriría mucho tiempo, sobre todo porque su primo estaría presente e incomparablemente encantador.

—¿Cómo se llama ese primo ficticio? —pregunté, asegurándome de que mi tono dejara traslucir mis suspicacias respecto a la última travesura de Mary.

—Jack.

—Oh, cielos.

Nada bueno puede salir de un primo llamado Jack, sea o no ficticio.

Hacia el final de la visita de Mary, pregunté:

—¿Está relacionada tu señorita Lamb con Charles y Mary Lamb?

—No. —Mary negó con la cabeza—. No tiene un gramo de locura en el cuerpo. Por desgracia, mi señorita Lamb está incuestionablemente cuerda.

—Oh, desventura —dije.

—Y tanto.

Desde luego, Mary es una fuerza de la naturaleza.

31 de marzo

Estoy aquí sentada mirando la librería verde vacía —a excepción de Milton, claro—, preparada para enfrentarme a mi realidad, a saber: mi falta de educación y la ausencia de una biblioteca con la que educarme sola. Eso y el hecho de que la culpable de estas dos amargas realidades no sea otra que yo misma.

Fue difícil, cuando murió mi padre, ver el bosque detrás de los árboles. Solo tenía trece años y, con mi madre en el estadio último de la tuberculosis, me hallaba en el frío umbral de la orfandad. Ella lo siguió a la tumba poco después y entonces me quedé sola y como única responsable de mi vida. De acuerdo, tía Eugenia era mi tutora, pero estaba en Viena con su marido en un destino diplomático y la muerte de mi madre le resultó inoportuna. Algo en lo que yo le daba la razón. Tía Eugenia dispuso que el vicario de mi pueblo me buscara alojamiento con una familia de la localidad durante los seis meses más largos de mi vida —sin contar con los que pasé con la prima Matilde— hasta su vuelta. Arabella estaba en el colegio y Damian creo que fingía estudiar en Cambridge. La ficción consistió en que contrató a un joven para que asistiera en su lugar desde el primer día. Una hazaña admirable que hasta la fecha nadie ha descubierto excepto Arabella y yo. El joven recibió una sólida educación, y Damian, su título. Por fortuna, no le ha dado uso.

Cuando tía Eugenia volvió a Inglaterra en verano, me llevó a Spencer Court, su casa de campo, y Arabella y yo disfrutamos de un agradable verano juntas. Cuando tocó a su fin, mi tía anunció que me había encontrado un internado.

—El mejor de los colegios —insistió—. Te preparará muy bien para la vida.

Procuré que el hecho de que la institución se llamara Escuela de la Señorita Prim para Jóvenes Damas no empañara mi entusiasmo, pero lo cierto es que lo empañó. («De la Señorita Remilgada», Dios mío). El dinero que me habían dejado mis padres alcanzaba a duras penas para sufragar los cuatro cursos del colegio. Parecía una inversión sensata puesto que yo era la heredera de Lapis Lazuli House y su pequeña renta. Pero la educación que ansiaba mi mente de trece años no se me brindaría en la escuela «de la Señorita Remilgada». Yo quería estudiar latín, griego e historia. Quería estudiar ciencia y teología, lengua y arte. No quería pasarme el día bordando cojines. No quería bailar y cantar.

Cuando expresé mis reservas, mi tía frunció el ceño y abrió mucho los ojos ante mi flagrante ingratitud, y, con un bufido, me informó de que era libre de elegir entre la Escuela de la Señorita Prim para Jóvenes Damas y una institución llamada Fortitude, Escuela Preparatoria para Señoritas. La matrícula de Fortitude era algo más elevada que la de la Escuela de la Señorita Prim y, si elegía ir allí, entonces tendría que vender los enseres de mis padres para sufragar la diferencia. La elección era mía.

Arabella tuvo la agudeza —qué chica tan astuta— de asegurarse de que yo llenaba un baúl con las cosas más preciadas y lo escondió en el ático de Spencer Court. Entre las escasas pertenencias que pude conservar estaba la manoseada Biblia de mi madre —el portal que me permitió comprender que hay historias en el Antiguo Testamento más fantásticas que las de cualquier cuento de los hermanos Grimm— y el tomo ilustrado de Shakespeare de mi padre,

que no es otra cosa que un volumen de obras de Shakespeare que mi padre mismo ilustró pegando dibujos en sus páginas. Pero solo pude conservar un baúl. Todo lo demás fue el precio a pagar por estudiar en Fortitude, Escuela Preparatoria para Señoritas.

Mi padre tenía una biblioteca muy apreciada y visitada. Pasaba horas leyendo libros. Escribía en ellos. Garabateaba sus incesantes pensamientos en cada espacio en blanco. No me dejaba leer muchos de ellos.

«No es que no vayas a entenderlos, Emma —me decía—. Lo que ocurre es que quiero que los experimentes cuando seas algo mayor, porque, por poca que sea tu experiencia, las palabras se verán enriquecidas. ¿Entiendes? Espera un año más y entonces estarás preparada para asaltar el cofre del tesoro».

De todo lo que yo poseía, los libros de mi padre eran lo que más pesó en mi decisión. Me pasé la noche en vela mirándolos. Abriéndolos y deteniéndome en sus notas manuscritas, en sus dibujos en cada margen. Los libros de mi padre eran obras de arte. Ay, cuánto me debatí. Aquella noche me quitó varios años de vida, estoy segura. Aquella biblioteca contenía una educación para mí. Una educación completa, rica.

Pero solo vendiéndola obtendría el dinero necesario para ir a Fortitude. Cuando amaneció, tomé la que entonces me pareció la mejor decisión posible. No me culpo. En realidad no tuve quien me aconsejara. Valoré los hechos tal y como los veía. Yo quería más de lo que se ofrecía a la mayoría de las niñas. Quería aprender acerca de este mundo. Quería terminar el colegio armada con una cabeza llena de conocimientos. Y, si tenía que sacrificar la biblioteca de mi

padre para poder vivir una vida entera convenientemente preparada, así lo haría.

Tía Eugenia aceptó mi decisión. Se vendió todo, incluidos los libros.

Yo entonces no podía saberlo, pero en Fortitude nuestra educación fue ridículamente limitada. No bordábamos, zurcíamos. No nos preparaban para comer con cubiertos de plata, nos enseñaban a limpiar la plata. Nos formaban para que encontráramos empleos como amas de llaves de primera categoría, institutrices o niñeras del mismo nivel o para convertirnos en esposas abnegadas de un hombre honrado. (No se nos consideraba lo bastante buenas para un caballero). Estudiábamos la Biblia, pero no se nos permitía leerla solas, pues había textos que se consideraban inapropiados para nosotras. Aprendíamos a contar dinero para poder así llevar las cuentas de una casa. Las lecciones de cocina consistían en turnarnos para pelar verduras. No aprendíamos a comportarnos en cenas de sociedad, sino a poner la mesa para una.

Las novelas de cualquier clase estaban prohibidas. La filosofía se consideraba blasfema. Cualquier mención a Grecia o a Roma nos convertía en paganas. De manera que no estudiamos demasiado a los clásicos.

No había clases de música.

Sí aprendimos algunas cosas útiles. La profesora de horticultura nos enseñó algo más que a cultivar la virtuosa hortaliza; metía a hurtadillas semillas de flores en el invernadero. Y, si bien la directora acostumbraba a leernos el Levítico, la señorita Charlotte, encargada de nuestras lecturas vespertinas, recitaba el Libro de Isaías.

Cada día dedicábamos varias horas a la contemplación silenciosa.

Mi hambre de conocimiento quedó insatisfecha.

No soy una completa ignorante. Spencer Court poseía una biblioteca bien surtida y tengo la costumbre de leer cada periódico que cae en mis manos. Pero existe una gran diferencia entre saber que Arquímedes desempeñó un papel fundamental en la geometría y ser capaz de resolver sus ecuaciones.

El año pasado, en Bournemouth, conocí a una mujer joven que acababa de terminar sus estudios en la Escuela de la Señorita Prim. Leía latín, tenía conocimientos de historia, arte y ciencia, cantaba como un pájaro y era la viva imagen de la salud al haber pasado al aire libre el tiempo necesario para asegurarse unos pulmones fuertes. Cuando me contó una anécdota encantadora de su clase de historia de Egipto, me puse verde de envidia.

Pero me niego a culparme de mi elección.

Yo entonces no podía saber que me equivocaba.

Esta negativa a culparme no significa que no me ponga completamente enferma cuando pienso en los libros de mi padre y me doy cuenta de que podría haber tenido las dos cosas: una sólida base de conocimientos y una librería repleta de las observaciones de mi padre.

¿Por qué obliga la vida a tomar una decisión así a una joven de solo trece años?

1 de abril

He sido convocada.

Mis planes matutinos incluían un paseo solitario por Hyde Park, así que no me hace feliz que me hayan mandado llamar. Pero, cuando lady Eugenia Spencer te convoca, una se prepara.

Examino mi guardarropa y consigno con precisión mis circunstancias, por penosas que me resulten. Puedo ponerme el vestido gris o el marrón, que, en función de la luz, puede pasar por morado desvaído. Son los únicos dos vestidos que poseo. La prima Matilde, responsable de mi guardarropa durante los últimos tres años, me ha vestido de medio luto perpetuo. Eso o de marrón. Lo que para un alma sensible como la mía viene a ser lo mismo. No cree en el color para, y cito textualmente, «una joven de fortuna insuficiente». En cuanto a mis abrigos, son iguales a los vestidos en número. Dos. Uno negro muy tieso y de factura barata que cada vez que me pongo me hace sentir como un empleado de la funeraria y otro marrón, tazado y con parches en ambos codos. Lo remendé yo misma con una tela color verde intenso sacada de la lata de retales que a tía Matilde no le gustó, pero tampoco me pudo prohibir pues cosí el abrigo mientras estaba dormida. A pesar de ser de color barro, me sienta a la perfección. Y el forro, aunque también marrón, tiene un pequeño atisbo de flores. Cuando Matilde vio el tímido estampado floral, tuvimos la siguiente conversación:

—Las flores en el forro del abrigo marrón de una muchacha pobre son algo inmoral —dijo ella.

—¡Prima Matilde! ¿Me estás diciendo que este abrigo marrón me

hace parecer inmortal? Pero qué cumplido tan bonito. Me voy a escribirlo en mi diario.

—¿Qué? ¿Qué? ¡He dicho «inmoral», no «inmortal»! ¡Habrás visto qué chiquilla tan tonta!

—¿Qué? ¿Qué? —grazné yo también.

Creo que el graznido fue mi perdición. Me mandaron al carnicero y a mi vuelta me encontré a Matilde en plena Gran Quema de 1882. Cada dietario, cada carta que había escrito yo, incluso un diario que llevaba de niña, eran cenizas. Mi Alejandría particular.

Fue odioso por parte de Matilde hacer algo así. Y en aquel momento juré que, en cuanto finalizara mi periodo de servidumbre, no volvería a pisar aquella casa.

Estoy divagando.

Por viejo y gastado que esté, creo que debo elegir el abrigo marrón. Suele traerme suerte. Y lady Eugenia no soporta una manga deshilachada. Es posible que decida ponerle remedio de su propio y abultado bolsillo.

Más tarde

Lady Eugenia Spencer es una maravilla de este mundo. Un Partenón. Cuando llegué a Spencer House, me hicieron pasar al Primer Salón, una buena señal. Mi tía asigna sus visitas a distintos salones. Muchas son recibidas en el Segundo, algo que no se considera una ofensa, pero sí una muestra de estima limitada. Ser recibido en el temido Tercer Salón puede despertar habladurías entre las élites londinenses, pues dicha estancia se reserva únicamente para aquellos que lady Eugenia desea ver en el patíbulo algún día.

Estando en Bournemouth, me llegó el rumor de que, solo dos meses antes, se había presentado en la casa lord Sharp con la intención de ver a lady Eugenia y a mi prima, Arabella la Diosa Divina. Lord Sharp es un granuja de primera categoría y de todas las categorías que van detrás. Dicho sin rodeos, es un hombre sin moral y con excelente gusto en casi todo lo demás. Fue recibido en el Tercer Salón. Un hombre de mayor estatura moral se habría acobardado. Lord Sharp, un hombre de estatura moral inferior a la media, lo que hizo fue propagar el rumor.

Contengo mis pensamientos errantes y proclives al chisme y vuelvo al Primer Salón, donde fui recibida.

Tía Eugenia estaba sentada en el sofá, recostada en varios almohadones cubiertos de plumas, como si una bandada de gansos hubiera expirado allí mismo. Aun así, se trataba de una pseudotaxidermia no exenta de elegancia. La habitación relucía con ricas telas, los cortinajes colgaban impecables y las ventanas que daban al jardín estaban abiertas.

—Siempre pareces enferma, Emma. No entiendo por qué te obstinas en ello.

—Tengo entendido que es un requisito, ahora que soy una huérfana que vive en el desván, tía —contesté.

—¿El desván? Hum. ¿Qué novedades me traes de esa ruina?

—¿Me pregunta usted por Lapis Lazuli House o por mi primo?

—Ya que haces esa distinción, te diré que nunca los he considerado entes separados. Cuando él muera, tendrás que llamar a un exorcista para que los separe.

Reí.

Trajeron el té y me preparé para una andanada de preguntas. La

estrategia más sabia a la hora de tratar con tía Eugenia es la de limitar la información. Mantén tus respuestas breves, pulcras y dejando la menor cantidad posible de hilos sueltos de los que pueda tirar.

—¿Qué tal el viaje a Londres? —preguntó.

—Los trenes fueron puntuales.

—¿Te pareció correcta la nueva señorita de compañía de Matilde?

—Tan correcta como puede ser una joven de esa edad, pero pronostico un final amargo.

—Hum. ¿Eres consciente, Emma, de lo poco favorecedor que resulta tu peinado?

—No, tía. Gracias por iluminarme.

A continuación me atreví a hacer una pregunta.

—¿Ha vuelto mi primo Damian del continente?

—No me hables de ese cáncer. —Larga pausa para dar efecto dramático—. No, Damian no ha vuelto. Está en Grecia.

—Qué encantador.

—De encantador nada.

Me encogí de hombros y reprimí la observación de que las opiniones suelen ser criaturas subjetivas.

Arabella no estaba en casa, había salido en compañía de lord Brookstone, la elegante lady Brookstone y sus dos traviesos aunque extremadamente simpáticos hijos, Phineas y Oliver. Los conozco mejor de lo que cabría esperar en alguien de mi posición —inferior, tal y como se ocupan de recordarme el primo Archibald, la prima Matilde y lady Eugenia—, puesto que solía pasar varias semanas de cada verano en su compañía. Cuando comprendieron que yo no era una joven casadera y nunca lo sería dada mi ya mencionada posición

social, dejaron de sospechar que fuera una joven rica y con título a la caza de un joven rico y con título y fui admitida de pleno derecho en su tribu. Mediante un ritual sagrado. Desde entonces somos buenos amigos y hasta nos escribimos de vez en cuando. Arabella, a pesar de la cruz que supone ser rica, con título y muy casadera, también ha sido admitida en el círculo de sus afectos. No es de sorprender, con su pelo dorado como el de un ángel coronando su tez clara y sus ojos azules... Pocos jóvenes pueden conocer a una diosa y no reservarle un lugar en su corazón. Ni siquiera los inconquistables Phineas y Oliver Brookstone.

Por desgracia, y debido a mi interrogatorio en el Primer Salón, no vi a Arabella la Diosa Divina.

—Te he invitado a venir en ausencia de Arabella —dijo tía Eugenia leyéndome el pensamiento— porque quería hablarte con franqueza, sin la interferencia de un corazón afectuoso. Tú y yo tenemos Lazos de Sangre. Eso es garantía sobrada de lealtad. Puesto que Arabella está encariñada contigo, su única prima, no le corresponde asistir a esta conversación.

—No me esperaba menos, tía. Usted siempre tan maquiavélica.

Resopló tratando de decidir lo que opinaba de mi comentario. ¿Insulto o cumplido? La miré poner ambas cosas en la balanza, pero entonces entornó el ojo derecho. Bien, pensé. Insulto. Así es mucho más tolerable. Cuando está ofendida, tía Eugenia se crece.

—Deberías vigilar tu lengua, sobrina. Me dan ganas de llamar a las monjas para que te la corten.

—Tía, debería saber que las monjas no cortan lenguas. Ni siquiera las de jóvenes novicias.

—¿Así que ahora eres católica?

—No, tía. Pero tampoco lo es usted.

Resopló.

—Este mundo me deprime. Creí que vivíamos en una época de ideales. Si los católicos no cortan lenguas, ¿en quién podemos confiar?

—Tal vez a los galeses les interese continuar esa práctica.

En esta ocasión, tía Eugenia entornó ambos ojos. Su bisabuela materna era galesa, y no le gusta que se lo recuerden.

Carraspeó y se sentó más erguida.

—He decidido, Emma, que esta Temporada debe ser La Temporada previa a *La Temporada*.

—¿Se refiere a *La Temporada* para elegir marido?

—Por supuesto. Tengo intención de emplearme a fondo y asegurarme varios hombres de mi agrado entre los que elegir.

No me pude contener y pregunté:

—¿Va a tener Arabella un padrastro?

—¡Un padrastro, dice! Un marido, más bien.

Cuando sonreí por toda respuesta, se enfureció.

—La lengua, muchacha. Acuérdate de las monjas.

—Sí, tía.

Y a continuación dio comienzo el consejo de guerra.

—Una no debe abordar La Temporada con laxitud, ni menospreciar la importancia del momento oportuno. Arabella deslumbrará. Quiero ver varios corazones en una bandeja antes de decidir. Una vez el hombre haya sido elegido, haré lo que sea necesario para que le proponga matrimonio mediada la siguiente Temporada.

—¿Se refiere a *La Temporada*, tía?

—Por supuesto.

Me llevé la taza de té a los labios.

—Así pues, Esta Temporada no es más que Esta Temporada. O, más bien, La Temporada, sin letra cursiva.

—Cuando has dicho «Esta», ¿la has imaginado con mayúscula? —preguntó perspicaz.

—Pues sí. E mayúscula y T mayúscula.

Lady Eugenia asintió con aprobación. Es partidaria de poner mayúscula inicial a las palabras esenciales.

Una vez sentados los cimientos, lady Eugenia me informó de que no debía ser vista en su compañía durante el mes de abril.

—Puedes escribir a Arabella, por supuesto. Pero en mayo tu alma pasará a ser de mi propiedad.

Creo que me atraganté.

—¿Perdón?

—Tú serás el Contrapunto, la Prima, la *Espía*.

—¿La espía?

—No. La *Espía*.

—¿Con E mayúscula?

—Por supuesto —dijo cortante—. Y en cursiva. Es importante, Emma. No tiene sentido usar sustantivos poco apropiados sin énfasis.

—No.

Hice un único gesto de negación con la cabeza para subrayar mi respuesta.

Tía Eugenia dio vueltas a su té y levantó las cejas.

—Como te decía, te convocaré en mayo. Mientras tanto, espero que te procures ropa adecuada. Pareces una andrajosa.

—No he recibido aún mi asignación, tía. Hasta entonces carezco de fondos.

—No, no. Con tu asignación no tendrás ni para una hoja de parra. Irás a ver a madame Tasset de mi parte. Puede que no cultives mis Afectos, pero está la Sangre. Y además vas a ser el Contrapunto.

—Sí, claro —contesté.

—Toma la tarjeta. Tienes una cita el martes que viene. Elige lo que quieras, pero que se complementa con estos colores.

Y me tendió una cajita llena de retales.

—¿Entiendo que es el guardarropa de Arabella?

—Madame Tasset es la Mejor. Arabella estará bonita como un cuadro. Y tú...

—Seré el marco que complementa sin estorbar.

Adoptó una expresión complacida.

—Eso es, Emma.

—Me emplearé a conciencia.

La sonrisa de lady Eugenia se desvaneció ligeramente.

—La conciencia no tiene nada que ver en esto. Es más bien cuestión de Necesidad y de Deber. Estoy informada de que tu prima Matilde te ha buscado una acompañante, pero no es necesario que la traigas si estoy yo. Yo seré tu acompañante en lo esencial. A ella úsala para compromisos de menor importancia.

Abrí la boca para decir: «La prima Matilde no me ha buscado a nadie», pero algo, no sé si el destino, un ángel redentor o mi propio juicio, me cerró la boca antes de que pudiera corregir a mi tía. Me limité a sonreír sin aclarar el malentendido.

Es lo que creo que el Joven Hawkes llamaría «pecado de

omisión». Una mentira producto de la negligencia. Confieso lo deliberado de mi falta.

Tardé un momento en darme cuenta de que lady Eugenia me hablaba.

—... puesto que asistirás a compromisos sociales de relevancia con Arabella, dispondrás de doncella propia. Y ahora déjame.

Y la visita se dio por terminada.

2 de abril

Lo primero que pensé cuando me desperté esta mañana, tumbada de espaldas y mirando la luz tocar las paredes a través de las ventanas, fue esto: lady Eugenia Spencer cree que tengo una acompañante.

En consecuencia, tía Eugenia Spencer no me ha buscado quien me acompañe en su ausencia.

Es mi deseo hecho realidad.

Di un paseo temprano para reflexionar sobre mi buena suerte. Soy una joven responsable. No soy ni tonta ni ignorante. A la mayoría de mis compromisos sociales iré con mi tía, y, cuando lo precise, pediré a mi amiga Saffronia March que me acompañe. Ella será mi guardiana. Su última carta me la escribió desde Venecia, donde, por lo que sé, permanecerá hasta junio, lo que me deja solo unos pocos meses para arreglármelas sola.

Tengo ganas de ver a la señorita March. Es una *rara avis*, una artista que vive de su obra. Es independiente, inteligente, no tiene miedo de decir lo que piensa y cuenta treinta y seis años, lo que la cualifica para ser acompañante y también para moverse con la libertad de una viuda, pero sin el engorro que supone sobrevivir a un marido. Nos hicimos amigas siendo yo niña, pues acostumbraba a venir a Lapis Lazuli House con su trabajo para que mi padre le diera su opinión sin remilgos y con sinceridad. Mi padre lo hacía. La señorita March me ha contado que aquellas críticas afianzaron su talento. Desde la muerte de mi padre, hemos seguido en contacto, sobre todo por carta, y tengo grandes planes ahora que las dos

vamos a ser residentes en St. Crispian's. Ella vive calle arriba, en una casa con un estudio y vistas a nuestro pequeño parque, Jacob's Well.

Imagino que tía Eugenia desaprobará a la señorita March, pero tengo edad suficiente para imponer un mínimo de criterio. El mismísimo príncipe de Gales ha adquirido una de las estampas de Italia de Saffronia March. ¿Quién puede contravenir tan alta estima?

3 de abril

Sol, radiante y seductor. Fuera la temperatura también es agradable. A última hora de la tarde, subí por Sterling Street y paseé por Baron's Square admirando las columnas blancas y las verjas de hierro forjado que custodian los rosales somnolientos. Los narcisos se marchitan, pero había algunos tulipanes.

He proseguido mi incursión en *El Paraíso perdido*. Desde luego tardan lo suyo en expulsar a Lucifer a la tierra. Mi Gran Pesar es que no puedo llenar de garabatos este ejemplar al no ser mío.

Para la mayoría esto no supondría problema alguno. Para Emma M. Lion sí.

Oh, desventura.

La Razón es que sufro una doble maldición. Mi lengua es rápida pero mi lectura es pausada, sosegada, propensa a trabarse en los pasajes más laboriosos.

4 de abril

La mayoría de las veces, lo que resulta divertido en mi imaginación lo es únicamente ahí, en mi imaginación. Es un hecho que ha quedado demostrado, una vez más, esta misma tarde.

El primo Archibald me invitó a tomar el té en el salón de recibir. No me esperaba una rama de olivo, pero pensé que quizá encontraríamos la manera de tratarnos con cortesía.

Qué equivocada estaba.

Después de invitarme a servirme yo misma y mientras movía la rodilla nervioso, me informó de que Matilde no iba a pagarme los tres años de salario que me debía.

Antes de que mi tartamudeo pudiera convertirse en objeción verbal, levantó una mano, como si creyera posible cerrarme la boca solo moviendo una extremidad.

—Cuando te fuiste de Bournemouth, desapareció también su mejor plata. Dice que te pagará el salario cuando la devuelvas —dijo.

—Pero, primo, yo no tengo la plata. No me la llevé —insistí.

—Los dos conocemos tu propensión a manipular la verdad —se quejó él.

—Eso es una vil mentira —repliqué.

—¿Y qué me dices entonces del último hojaldre de cereza? —objetó, arqueando una ceja puritana—. Has confesado un robo antes. ¿Por qué íbamos a tener que creerte ahora? La plata desapareció contigo. No cobrarás hasta que aparezca.

Me había pillado. Es cierto que mentí. Hace dos años, me comí el

último hojaldre de cereza que quedaba y, cuando Matilde se encontró la despensa vacía, proclamé mi inocencia llevada por el pánico. A la mañana siguiente, confesé en lo que me pareció una admirable muestra de pundonor.

Qué tonta fui. Desde ese momento, Matilde lo ha usado en mi contra.

—Primo Archibald, no me llevé ni un solo objeto de plata, y exijo que se me pague el salario que se me adeuda. ¡Tienes que creerme!

—Elijo creer las palabras de mi hermana, de casi noventa años de edad, frente a las de una joven sin blanca y de moral cuestionable —dijo él.

Con desdén.

Lo miré. Lo miré sin pestañear, con los labios apretados y dando vueltas en mi cabeza a tan extraordinaria acusación. Me estaba acusando de no tener dinero el hombre que vive a costa ajena en Lapis Lazuli House.

—El mundo está lleno de ladrones —añadió precisamente entonces— y no me dejaré engañar. Y Matilde me asegura que estás entre los de la peor calaña.

Aquello terminó de sacarme de quicio y le recité a la cara y llena de amargura un verso de Milton: «Así habló el ángel apóstata».

Ahora me doy cuenta de que no fue una elección de palabras demasiado feliz.

—¿Qué? ¿Cómo dices? —gritó—. ¿Me estás comparando con esa fiera infernal del ígneo abismo?

Al parecer también el primo Archibald ha estudiado a Milton.

Levanté una mano para defenderme mientras con la otra sostenía la taza de té.

—No, primo Archibald. Simplemente, no entiendo por qué no quieres darme mi asignación y ahora te niegas a que se me pague mi salario —dije.

—¡Fuera! —Y me quitó la taza y el plato de la mano, los dejó en el aparador, y, a continuación, me tiró del brazo hasta obligarme a levantarme. Mientras me escoltaba fuera de la habitación, me dio unos azotes igual que a una niña. No miento.

Citando a Milton, estábamos «en incierta batalla en las llanuras del Cielo».

Con todo y con eso, hemos tenido tés que han acabado peor.

5 de abril

Al volver de mi paseo matutino, me encontré la librería vacía. Por completo. Milton había huido o lo habían secuestrado. Fui directa a la cocina a interrogar a Agnes.

—Entró y se lo llevó, señorita. No pude hacer nada. Luego volvió a la biblioteca y se encerró con llave.

—¡Estoy leyendo *El Paraíso perdido*! ¿Cómo ha podido llevárselo? Estaba olvidado en el ático. ¡Será ladrón!

—Es lo que dijo que era usted, señorita. Algo sobre la plata y Milton y un hojaldre de cereza. Estaba fuera de sí y dando manotazos, y, cuando se le enganchó el batín en un clavo del desván, empezó a maldecir. Yo tenía demasiado miedo para...

Entonces calló, como si pensara que ella habría podido hacer algo.

—Ya estoy harta —dije entre dientes.

Fui al segundo piso y aporreé la puerta de la biblioteca hasta que el primo Archibald la abrió lo bastante para que pudiera ver el volumen robado en su mano.

—Ese libro lo estaba leyendo yo.

—El libro es mío y no permitiré que una ingrata degrade el texto.

—¿Ingrata dices? ¡Si vives aquí es solo gracias a la generosidad de mi padre! Quiero mi paga de tres años y la asignación que se me prometió —exigí—. ¡Entonces podré comprarme mi propio Milton!

—No seas vulgar —dijo él antes de cerrarme la puerta en las narices.

Veamos.

Aquí lo único vulgar es que, si bien mi tía abuela no legó Lapis Lazuli House al primo Archibald, sí le dejó en herencia todos los libros de la biblioteca.

Empiezo a sospechar que lo hizo porque sabía que era un necio y de esa manera confiaba en ponerle remedio.

Pero ahora mismo se me hace muy injusto.

6 de abril

Esta mañana, después de una noche agitada, me puse el abrigo y el sombrero y caminé sin la menor elegancia hasta Bond Street, con la lata que contenía los retales de los vestidos de Arabella bajo el brazo y la esperanza de que mi entrevista me distrajera de mis preocupaciones. Me hicieron pasar sin demora, imagino que no como muestra de respeto hacia mí, sino para que no pusiera en ridículo el establecimiento. Es muy de agradecer que desconozcan mi historial de ladrona; de lo contrario es posible que no me hubieran atendido.

Un hojaldre de cereza. Uno. Ese es mi pecado. Me apostaría Lapis Lazuli House a que Matilde vendió su propia plata y le cargó el mochuelo a la huerfanita, o sea, a mí.

Estoy divagando.

Después de pasarme a un probador, salió madame Tasset para atenderme. Me ordenó que me quitara la ropa.

—Su tía me ha dado *carte blanche*.

—En ese caso, madame Tasset, un pedido voluminoso nos beneficiará a ambas —dije pensando en mi inminente indigencia.

Madame Tasset se mostró muy profesional y no contestó a mi poco sutil sugerencia, pero en sus ojos brilló la chispa del dinero y yo la avivé sin empacho hasta convertirla en llama.

—Puesto que voy a estar muy cerca de mi tía y mi prima, considero imperativo seguir sus instrucciones al pie de la letra. Sin reparar en gastos. Deberíamos asegurarnos de que todo sea de la mejor calidad. No solo bonito, también duradero.

Madame Tasset frunció una de las comisuras de la boca y, ladeando la barbilla a la manera parisina, me miró con detenimiento.

—Muy bien, *mademoiselle*, nos aseguraremos de equiparla con ropa a la última moda, pero a la vez atemporal. ¿Le parece bien?

Entonces fui yo quien ladeó el mentón.

—*Très bien*.

Salí de allí dos horas después en una nube, sintiéndome más hedonista que nunca. He de admitir que en realidad no necesito vestir ni a la última ni a la penúltima moda. Quiero ropa que dure y de cualquier color que no sea marrón. Habrá quien se pregunte cómo tengo la desfachatez de costearme hasta la última prenda de ropa con las generosas arcas de mi tía. La respuesta es sencilla. Mi tía fue nombrada mi tutora hasta que alcance la mayoría de edad a los veintiún años, un feliz acontecimiento que se producirá el próximo mes de enero. Pero al primo Archibald le fueron legadas Lapis Lazuli House y su renta en fideicomiso hasta que yo alcance esa mayoría. Circunstancia que mi tía aprovechó para trasladar la mayoría de mis necesidades pecuniarias —tales como mi guardarropa— al primo Archibald con el argumento de que para eso tenía la renta. (Como si él fuera a destinar alguna vez dos peniques a mi manutención teniendo el control legal del dinero). Así las cosas, tía Eugenia ha hecho caso omiso de mis necesidades indumentarias con una determinación tan admirable como robusta. He recibido un vestido en años alternos, el sobrante de las prendas desechadas y pasadas de moda de Arabella. Pero Arabella siempre fue de menor estatura que yo, y el bajo de las faldas nunca llegaba exactamente a donde debía. A continuación se espigó y aun así los dobladillos siguieron siendo un desbarajuste. Por lo tanto, mi sentimiento de

culpa... brilla por su ausencia. Y, si esta ha de ser la última vez que mi tía se muestre dispuesta a ayudarme, entonces por lo menos estaré vestida.

Madame Tasset me confeccionará lo siguiente:

Seis juegos de ropa interior. Completos. De los mejores tejidos.

Tres vestidos de mañana. Uno azul claro. Uno rosa pálido. Y el último color plata suave.

Cuatro vestidos de día. Uno verde azulado intenso, que recuerda al mar cuando le da el sol. Uno de un color gris sufrido a la par que encantador. El tercero es de un rojo intenso y oscuro que podría llamarse «sangre de buey». ¿Y el último? Verde. Verde botella. Ni apagado ni recatado, tampoco apropiado. Sino del color del musgo después de varios días de lluvia. Cuando lo elegí, madame Tasset se mostró suspicaz. Pero entonces me lo acerque a la cara y sonrió.

—Puede que tenga razón. Sus ojos, el pelo... Me aseguraré de que la calidad salte a la vista, de manera que nadie lo tome por una extravagancia.

Que Dios me libre de vestir nada que pueda considerarse una extravagancia.

En cuanto a vestidos de noche, tendré cuatro. Un auténtico dispendio. Uno color esmeralda, sencillo pero refinado, para partidas de naipes y otras veladas. El siguiente, azul noche intenso. «Si va usted a realzar la dulce belleza de su prima, este es el indicado. Elegante, pero sin llamar la atención, y parecerá usted prudente y avispada. Confiemos en que sea ambas cosas. A no ser que usted aspire a casarse pronto. En ese caso será mejor que no lo sea. Hace falta un hombre valeroso para casarse con una mujer de ideas propias».

La risa con la que recibí su alusión al matrimonio quizá resultó demasiado desencantada para alguien de mi edad.

Madame Tasset no acababa de decidirse respecto al color de los dos últimos vestidos. Estudió las telas de los vestidos de Arabella. Suspiró. Eligió rollos de discreta seda, pero a continuación murmuró algo sobre negarse a vestirme como una viuda.

—Soy una artista. No renunciaré a mis principios. —Trajo un rollo de satén dorado y otro de seda color vino—. Con estas telas, complementaré usted a su prima, pero será su igual. Su tía las desaprobará, pero no puedo crear algo injustamente insulso. Usaré estas telas para hacerle otros dos vestidos de fiesta.

Prometió que el pedido estaría listo dentro de tres semanas. Hasta entonces, puedo pasear por los parques enfundada en el anonimato de mis ropas remendadas.

7 de abril

Los ratones persisten. Me he pasado casi toda la tarde taponando todos los agujeros que he encontrado con retales de un viejo batín de seda del primo Archibald. Quizá el hecho de que haya vestido él la prenda sirva para disuadir a los ratones.

8 de abril

Los ratones parecen haber unido fuerzas contra mí.

Había excrementos en mi mesa cuando me he levantado esta mañana.

Lo considero un insulto deliberado.

Mi día transcurrió de la siguiente manera: informé al primo Archibald de que tengo la intención de ir al banco a consultar las cuentas de la casa. Su mueca de desdén resultó tan lograda como siempre.

A continuación recibí una nota de Arabella preguntándome si estaba disfrutando de mi recién estrenada libertad. Le contesté que todo iba bien, pues me daba demasiada vergüenza confesar que he pasado de príncipe a mendigo en un abrir y cerrar de ojos.

Tía Eugenia también me envió una nota informándome de que iba a encargarme unas tarjetas de visita.

Si tu tarjeta consigue hacerte parecer importante, es posible que logremos encontrar a un hombre que crea que lo eres. Una vez Arabella esté Comprometida, claro está. Dime si las prefieres en lavanda y plata o en crema y oro.

Cuánto me quiere mi tía.

Contesté diciendo:

Crema y oro, tía. ¿Podría hacer grabar un león en uno de los lados? Contribuiría a la Sensación de Importancia.

La elección de palabras fue deliberada. «Podría» es un desafío. «Querría» es pedir un favor. Resulta fácil suponer cuál de las dos llamará a lady Eugenia Spencer a las armas.

9 de abril

Anoche soñé con Maxwell. Paseábamos junto al río entre las heredades de Spencer Court y Barrows Edge, y era un día de verano brumoso y cálido. La hierba estaba dorada. Los verdes tenían ese tono apagado y somnoliento de finales de verano. En el cielo casi no había nubes. No hablábamos gran cosa, pero yo sentía la mano de Maxwell cogida de la mía.

—No hemos ido muy lejos —decía yo por fin, levantando mi mano libre para protegerme del sol y mirando en dirección al lago.

—Demasiado lejos —replicaba él.

Y entonces dejaba de ser Maxwell y se convertía en el viejo Ezra Sturgeon, que sujetaba la brida vacía del caballo de Maxwell.

—Se fueron al galope —decía Ezra—. Me he quedado sosteniendo esta brida. El caballo se ha ido. El muchacho también.

—¿Viste por dónde se fue? —preguntaba yo.

Para entonces hacía demasiado calor, la ropa se me pegaba al cuerpo y tenía los labios cuarteados.

—Demasiado lejos —decía la voz de Maxwell.

Entonces me desperté.

Me quedé en la cama incapaz de moverme. Había resultado todo tan real, el roce de su mano en la mía. Cuando me giré, un aire frío me acarició las mejillas. Me llevé los dedos a la cara y descubrí que había llorado.

Reacia a perderme otra vez en días sin sentido, igual que me ocurrió después de su muerte, me obligué a seguir más o menos mi rutina. Me lavé, me vestí y revisé las notas que había tomado sobre

Milton antes de que el primo Archibald me lo arrebatara. Dos versos describían la imagen de mi sueño:

*Ceso ya de vagar donde moran las Musas
Arroyos claros, sotos umbríos, colinas soleadas.*

No sentí demasiado consuelo.

Después aporreé la puerta del dormitorio de Archibald durante el cuarto de hora correspondiente exigiendo que me pague lo que me debe y di un paseo sin prisa por St. Crispian's.

Consideré entrar en la iglesia.

Tuve la tentación de entrar en The Cleopatra.

No hice ninguna de las dos cosas y volví a casa, tan abatida como había salido.

11 de abril

Hoy ha venido Arabella a tomar el té.

—Phineas y Oliver Brookstone te mandan saludos —dijo cuando estuvimos instaladas—. Aunque me temo que han huido al continente.

—¿Por qué? —pregunté bastante decepcionada—. Acaba de empezar La Temporada. Contaba con su compañía.

—Demasiadas jóvenes casaderas, al parecer. Oliver tenía miedo de estar casado para San Miguel, y no podemos tolerar algo así.

—No, supongo que no. ¿Qué dijo su madre?

Una lenta sonrisa iluminó el rostro de Arabella.

—Mi querida Emma, fue idea de lady Brookstone.

Quién tuviera una madre tan colaboradora.

Cuando se fue Arabella, vino Agnes a llevarse las cosas del té y se mostró algo alborotada.

—¿Qué te preocupa, Agnes?

—He encontrado otra peluca de la señora Killoran en la cocina, señorita Lion.

—Ah. Entonces ¿no es la primera?

—La tercera. Se pone contentísima cuando se las devuelvo porque le da ocasión de charlar, como si yo no tuviera una cocina que llevar y una casa que limpiar. ¡Tengo un empleo, señorita Lion! ¡No me queda tiempo para devolverle su peluca cada vez que aparece por aquí!

—¿No puedes llevarla a la confitería?

—No, la señora Killoran está en La Lista.

Levanté una mano en señal de rendición.

—Las reglas de La Lista no se pueden negociar. —Y, al ver su expresión abatida, añadí—: ¿Y si la devuelvo yo mañana mientras tú haces bizcocho de canela? ¿Qué te parece esa solución?

Me bendijo en inglés y en gaélico y me prometió comprar huevos suficientes para el bizcocho.

12 de abril

Esta mañana he visitado a la señora Killoran. Se alegró de recuperar su peluca.

—Que Dios la bendiga. Es mi preferida. No sabía dónde se había metido. Una vez se la vi puesta a Edward Norriage. ¿Té? Tengo muchas cosas que contarle, señorita Lion.

Y me las contó.

Cuando escapé, una hora después, volví a casa por la Diagonal y entré en la cocina por el jardín trasero, tras lo cual me retiré a mi buhardilla con un trozo de bizcocho de canela y la intención de leer las notas que había tomado sobre Milton. Entonces caí en la cuenta de que, si bien en el pasado he escrito varias entradas en el diario explicando las Disposiciones para Efectos Personales, o DEP, de St. Crispian's, como lo llaman los jóvenes de Traitors, dichas entradas han desaparecido. Ay. (Ver La Gran Quema de 1882).

De manera que consigno una vez más una característica de St. Crispian's que, por lo que yo sé, no se da en ninguna otra parte. Sí, tenemos un fantasma romano, letreros escritos de atrás adelante, pero esas son cosas al alcance de cualquiera. Este atributo tan... peculiar preferimos mantenerlo en secreto. Disponemos incluso de un comité que visita y explica educadamente el fenómeno a los recién llegados al vecindario. Los hechos son los siguientes: los objetos en St. Crispian's tienden a extraviarse. No, no los roban ni se olvidan. Se... escapan.

Un sombrero, un cojín o un libro pueden aparecer de pronto en la casa de un vecino, o incluso de un desconocido que viva en otra

calle. La naturaleza de estos extravíos no es personal, son como son. Del todo arbitrarios. A mí me han desaparecido un alfiler de sombrero, un paraguas y un zapato, que me fueron devueltos en persona —cuando llevaban mi nombre— o al Reed and Rite —cuando no—. Cuando era niña solían extraviárase una o dos cosas en cada visita. La única que no recuperé nunca fue un yoyó. Culpo a Stephen Wheelwright de saltarse las normas DEP y quedárselo, puesto que le vi uno igual al mío y, cuando lo miré suspicaz, echó a correr.

Es un sistema sustentado en el honor y, durante siglos, hasta los vecinos menos de fiar de St. Crispian's han colaborado en la devolución de los efectos personales a sus legítimos dueños. Cuenta la leyenda que en una ocasión la madre de lady Trewartha perdió su tiara de rubíes. Más tarde la encontró una fregona en una casa de Sterling Street. La criada, pobre cual florecilla silvestre, se apresuró a devolver la tiara.

Como resultado de realidades tan peculiares, los habitantes de St. Crispian's etiquetan todo lo que pueden con su nombre y número de calle. Mis etiquetas dicen: Emma Lion, WL, 27. WL es claramente por Whereabouts Lane. No todos los objetos pueden marcarse. Uno no quiere poner una etiqueta a una media o una pipa. Para esos casos tenemos el Reed and Rite.

El Reed and Rite es un salón de té y confitería, además de una tienda que vende artículos de primera necesidad. Tiene dos puertas principales: una en el piso bajo, donde están el salón de té y los excelentes pasteles, y otra en el piso primero, donde es posible comprar esas cosas que a menudo se necesitan pero se olvida adquirir. Papel, tinta, horquillas, cadenas de reloj, plumieres, además

de algunos regalos venidos de parajes lejanos. Un lugar inteligentemente práctico, con algunos toques de fantasía.

El propietario, un hombre llamado Jape, se cansó de que su mercancía desapareciera y reapareciera en otras casas. Los objetos eran devueltos, pero resultaba todo de lo más engorroso. Así que, en un intento por simplificarse la vida, dispuso una serie de estantes en la trastienda del salón de té y la llamó El Recaudo, un lugar donde llevar todos los artículos extraviados del vecindario. En consecuencia, cuando alguien acude a tomar té y pastel de carne al Reed and Rite, puede inspeccionar los estantes y las mesas en busca de sus objetos extraviados. Según las normas de la Sociedad DEP, si alguien encuentra una pertenencia en la trastienda, debe localizar su entrada en el registro, donde figurará la persona que la encontró. A continuación escribe la fecha y se lleva su pertenencia. También es posible llevar un objeto encontrado al Reed and Rite si de verdad no se dispone de tiempo para devolverlo directamente a su dueño. Cualquier cosa que no haya sido reclamada en el plazo de un año se guarda en una caja y se subasta en el mercadillo anual del barrio, cuyos beneficios se destinan íntegramente a la Sociedad Teatral de St. Crispian's. El sistema ha funcionado a las mil maravillas y la sociedad teatral, que representa *Julio César* cada mes de julio, dispone de una robusta asignación para vestuario.

Lo que me devuelve a La Lista.

Si el nombre de alguien figura en La Lista, los objetos con su etiqueta han de serle devueltos directamente. Es una de las leyes de St. Crispian's. (Sí, alguna tenemos). No se puede dejar en el Reed and Rite, por cómodo que resulte. El Reed and Rite, además, envía un catálogo detallado de objetos sin etiquetar un mes después de su

llegada a la tienda a todos los suscriptores de La Lista. Si alguien identifica un objeto extraviado, lo notificará por mensajero y el objeto le será devuelto. Sencillo. Elegante. Digno.

 Mi nombre no está en La Lista. La suscripción es carísima.

 Puesto que no se me ha extraviado nada, llevo sin ir al Reed and Rite desde mi regreso, pero a menudo tengo ganas de coger el poquísimo dinero que me queda y gastármelo en un pastel.

14 de abril

Hoy he conocido al primo ficticio de Mary, Jack.

Fuimos a visitar la colección de la National Gallery en Trafalgar Square y nos detuvimos largo rato en las Barry Rooms. Me divertí, y me habría divertido aún más de no estar preocupada por si el primo Jack tenía intención de robar varias piezas de la colección Turner.

En cuanto a Jack...

Es igual que Mary en estatura y me recordó a un gato de gran tamaño. No un gato doméstico —gordo y enfadado con el mundo—, sino uno salvaje, furtivo, zalamero y peligroso.

Lleva el pelo, castaño claro y peinado hacia atrás, lo bastante largo para darle aspecto canallesco. Sus ojos no son de un color memorable, pero sí resulta memorable cómo parecen escudriñar todo lo que los rodea. De sonrisa fácil, casi me pareció ver los hilos de marioneta tirándole de la cara.

No me fío un pelo de él.

Me encontré con los dos delante de la casa de huéspedes de Mary en Southwark, donde pasé por el calvario de convencer a la señorita Lamb de que soy una acompañante adecuada para Mary. Decidió que yo era tolerable, pero quedó entusiasmada con Jack. El cual fue la encarnación misma de la seducción.

Una vez obtenida la aprobación de la señorita Lamb, pusimos rumbo a Trafalgar Square. Fue entonces cuando hicimos las presentaciones. Mary me cogió la mano y me hizo detenerme mientras Jack aflojaba el paso y una expresión traviesa asomaba bajo su sonrisa impostada.

—Emma... —Mary se volvió hacia mí y señaló con la mano al endiabladamente apuesto hombre a su derecha—, te presento a Jack Hollingstell, mi querido y ficticio primo.

—Qué oportuno que sea usted tan ficticio, señor Hollingstell —dije.

—Llámemme Jack, por favor —contestó él tendiéndome la mano.

Se la estreché y me ofreció un cigarrillo.

Reconozco que me reí de él. El gesto no tuvo nada de cortés. Resultó evidente que me había reído DE él.

—Oh, cielos. Mira a quién tenemos aquí. Un auténtico Don Seguro de Sí Mismo. ¿De qué teatro lo ha sacado Mary, señor Hollingstell?

—De ningún teatro, Emma —intercedió Mary—. Hollingstell es hijo *no primogénito*.

—Cómo no —dije con cierta frialdad a pesar de mi sonrisa divertida—. Quién dudaría de su relato de nobleza venida a menos.

—Soy un hijo absolutamente nada primogénito, señorita Lion —contestó Jack con una carcajada.

—Permítame que dude incluso de eso.

Sonrió de una manera tan pícara que me habría hecho creer casi cualquier cosa.

—Señorita Lion, con independencia de lo que sepa o no de mi persona, soy un primo ficticio excelente y ayudaré a su amiga con el máximo respeto. Y, dicho esto —extendió ambos brazos—, será un placer acompañarlas a la National Gallery. ¿Vamos?

Fuimos y los dos se rieron mucho.

En su próxima visita, tengo intención de preguntar a Mary qué proporción de ese salario que gana con tanto esfuerzo va a parar a

los bolsillos guarnecidos de seda de él. Tanto talento no puede salir barato.

15 de abril

Ayer me llegó una carta de la prima Matilde. Sigue en sus trece respecto a la plata y no me enviará el dinero que me debe. Estoy furiosísima y no sé muy bien cómo proceder. Trabajé en la confianza de que mi salario estaba a buen recaudo. Fueron tres años de mortificaciones que soporté únicamente por la promesa de verme compensada al final. ¿Acaso la humillación no merece recompensa? ¿No heredarán la tierra los mansos? ¿Por qué en nombre del cielo habría de someterme a tamaña degradación de no tener tres años de salario esperándome?

¡Mi Bonita Suma!

Mañana iré al banco para exigir personalmente la asignación que el primo Archibald es tan remiso a darme. En cuanto a mi Bonita Suma, encontraré la manera de aflojar el apretado puño de la prima Matilde.

Puesto que es domingo, he ido a la iglesia. El Joven Hawkes dio un sermón breve —sus amigos de Cambridge estaban demasiado perjudicados por una noche de borrachera para interrumpir—, pero después del último himno me quedé sentada hasta que la iglesia estuvo vacía porque no me sentía capaz de enfrentarme al primo Archibald sin causarle daño. Estaba absorta en el rosetón de la ventana cuando se sentó alguien en el extremo de mi banco. Al volver la cabeza me encontré al Joven Hawkes. No pude reprimir una sonrisa; qué poco se ajusta su fisonomía a la profesión que ejerce. Expresión levemente altiva, pelo revuelto, atractivo perfil que se hizo evidente cuando levantó la vista hacia las ventanas. Más

propia de alguien que frecuenta los billares. Se me ocurrió que quizá Mary lo encontraría interesante. Estaría por ver si la naturaleza altiva de él se sentiría atraída por ella.

—Hoy el día pedía un sermón breve, ¿no cree, señorita Lion?

Sus ojos azules y fríos me miraron, y las sombras de sus facciones eran tan nítidas como las sombras de la piedra.

—Sí. Ahora mismo prefiero una iglesia vacía.

—De manera que ha vuelto usted a St. Crispian's.

—Así es.

—¿Definitivamente?

—Dios mediante —repuse, más un murmullo que una respuesta.

—¿Le he contado alguna vez —y dejó volar las palabras siguiéndolas con la vista hasta las vigas del techo antes de proseguir — que su padre me regaló uno de sus cuadros antes de morir?

—¿De verdad?

Arrugué el ceño y lo miré a la cara. Mi padre no acostumbraba a regalar sus cuadros.

Hawkes asintió con la cabeza.

—Fue durante mi primer año aquí y en su última visita a St. Crispian's.

—¿Qué cuadro?

En lugar de contestar, se puso de pie y dijo:

—Que pase buen domingo, señorita Lion. Me alegra que haya vuelto a casa.

Y se fue dejando la iglesia vacía y a mí bastante atónita.

16 de abril

He ido al banco. Después de lo cual he caminado por todo Londres y ahora estoy sentada en un banco en la cima de Primrose Hill. Entre llorar lo más discretamente posible y enfurecerme, he optado por lo segundo.

ESE ABOMINABLE, INGRATO, GOLFO, DESPRECIABLE Y CRUEL LADRÓN.

¡Mi primo Archibald! ¡Mi primo Archibald ha llevado el fideicomiso de Lapis Lazuli House directamente a la ruina! Sin consideración alguna por mi futuro, ha gastado cantidades considerables de dinero. Pero no en acciones o en arte o en algo que pueda suponer una inversión o un dividendo si se vende. Lo ha gastado todo en ropa. Así es. En un extenso guardarropa, gran parte del cual ni siquiera usa. ¿Y cuáles son las facturas más abultadas de su sastre? Aquellas correspondientes a sus batines, algo que siempre me ha parecido digno de broma. Mi reino por un batín.

Llegué al banco y pedí ver al señor Penury, de Penury, Penury & Jones. Después de explicarle a su secretario que, en efecto, tenía asuntos que tratar con él a pesar de ser mujer, me acompañó a su despacho. Cuando le expliqué al señor Penury quién era yo, dijo:

—Ah, sí, señorita Lion. La heredera de Lapis Lazuli House.

—Y de lo que quede de la fortuna de mi tía abuela —añadí yo.

Una extraña expresión le atravesó el semblante, pero yo no le di gran importancia hasta que llamó a su secretario —el hombre joven que a punto había estado de no dejarme pasar— y pidió que le llevaran el expediente. Cuando tuvo mis papeles delante, el señor Penury ni siquiera necesitó mirarlos.

—Lamento comunicarle, señorita Lion, que el grueso de la fortuna de su tía abuela ya no existe.

—Sí, bueno, señor Penury. Eso ya lo sé. Pero, cuando usted mismo y mi tutora revisaron las cuentas hace tres años, se me aseguró una pequeña renta que me sustentaría incluso en el improbable caso de que mi tía abuela viviera hasta los ciento cincuenta años. No espero una gran suma. Solo aspiro a poder vivir en Londres, en Lapis Lazuli House, y a poder comprarme libros. También he contemplado la posibilidad de tener un gato, pero creo que puedo afrontar ese gasto sin necesidad de vivir en la calle.

Entonces sonreí como una tonta, inocente de mí. El señor Penury tuvo la consideración de reír, pero fue una risa contenida.

—Un sueño humilde pero encantador, señorita Lion.

Su tono de voz me congeló la sonrisa.

—¿Hay algo que debería saber, señor Penury?

El hombre carraspeó.

—Hace tres años estaba usted en lo cierto. Un sueño así podía cumplirse.

—¿Pero? —dije con la mandíbula tensa y el tono más cordial que logré adoptar.

—Pero —sonrió contrito— desde entonces el señor Archibald Flat ha aumentado su guardarropa a una velocidad bastante asombrosa.

—¿Su guardarropa? —pregunté dudando de haber oído correctamente.

—Ha estado visitando a su sastre casi semanalmente y encargando varios conjuntos de prendas...

—Por no hablar de los batines —interrumpí.

El señor Penury rio, crispado.

—Así es. Lamento decir que quedan menos de trescientas libras en las cuentas.

Abrí la boca.

—¿Trescientas libras?

—Es posible que menos, me temo. Con varias deudas pendientes. Una vez se reclame su pago, y siempre que viva usted modestamente y abonados sus impuestos, tendrá suficiente para vivir un año.

—¿Un año?

—Un año.

—¿Tiene alguna otra cuenta el señor Flat?

—No puedo revelar...

—Señor Penury —atajé—, he pasado los últimos tres años trabajando de señorita de compañía de la espantosa hermana del señor Flat. Este no me ha pagado ni un penique de mi duramente ganado salario. Se me iba a dar cuando llegara a Londres de modo que pudiera ahorrarlo. Porque se supone que iba a vivir de mi herencia. Había miles de libras. No hace ni tres años me aseguró usted que viviría de manera desahogada.

Llegado este punto, yo hablaba ya con vehemencia y sin resuello.

—Señorita Lion, le he advertido en varias ocasiones, pero sin que cesara en su comportamiento. También ha estado apostando en Sandown Park.

—¡Pero si detesta las carreras de caballos! —exclamé.

Por fin el señor Penury puso cara de estar dispuesto a contármelo todo.

—Creo que lo hizo para gastar el dinero más rápidamente. En varias ocasiones apostó por caballos lesionados.

—Pero ¿por qué?

—¿Quiere que le sea franco, señorita Lion?

—¡Hable de una vez!

No hizo comentario alguno sobre mi lenguaje.

—Creo que el señor Flat la detesta a usted más incluso que las carreras de caballos.

—¿Ha hecho esto deliberadamente?

—Eso creo.

La cruda constatación se instaló en mí y me sentí desconectada de mí misma.

—¿Y usted se lo permitió? ¿Sin decirme una palabra? ¿A mí, la propietaria legítima de las cuentas? Él solo fue nombrado mi tutor hasta que cumpliera veintiún años.

El señor Penury tuvo entonces la consideración de mostrarse avergonzado.

—Intenté razonar con él, incluso le escribí a usted varias cartas a las que nunca contestó.

—No he recibido ni una sola.

—Las envié todas a la dirección de Surrey que me dio el señor Flat.

Llegado este punto reí, pero se trató de una risa histérica.

—¿Surrey? ¡Estaba en Bournemouth!

El bigote del señor Penury tembló.

—Nos ha mentado a ambos.

—De manera abominable, y su diligencia profesional carece de todo rigor, debería darle vergüenza.

Contra eso no pudo objetar.

—Estoy dispuesto a testificar, señorita Lion, que ha habido grave

negligencia, y a poner las cuentas a su nombre con efecto inmediato.

Con efecto inmediato era, en efecto, demasiado tarde.

Estuvimos callados casi un cuarto de hora y, a continuación, el señor Penury dijo:

—Existe una manera de recuperar algo de seguridad monetaria, señorita Lion. Usted es poseedora de algo que, por ley, él no puede vender.

—No, señor Penury...

—Escúcheme —insistió—. Lapis Lazuli House no es bajo ningún concepto una gran mansión, pero está bien cuidada, posee un tamaño respetable y St. Crispian's cuenta con sus admiradores. Además, está el apartamento anejo. Podría usted vender a buen precio. Con esos fondos podría alquilar unas habitaciones confortables o comprar una casa más pequeña. Una casita en el campo. Si no gasta y encuentra un empleo...

—Señor Penury, Lapis Lazuli House es mi hogar y mi derecho de primogenitura.

—Pero lo han vendido por un plato de lentejas, señorita Lion, así que debe hacer frente a su situación con realismo. Su padre ya me expuso su peculiar decisión de permitir al señor Flat seguir en Lapis Lazuli y administrar su renta. Dijo que era la única fuente de dignidad para ese hombre. Fue un acto caritativo, pero poco sagaz.

Cerré la boca y miré a otro sitio. El señor Penury suspiró compasivo.

—Quizá encontremos la manera de conseguir que siga usted en la casa. Entiendo que el apartamento anejo no está alquilado, ¿verdad? Es posible que haya solución.

Acordamos vernos de nuevo el mes que viene y así darnos tiempo a ambos a reflexionar.

No soporto ni siquiera pensar en el primo Archibald. Sé que me tiene antipatía. Sé que no me ha perdonado el episodio de La Cicatriz. ¡Pero despojarme así de mi futuro...!

¡Qué acto tan obtuso, traidor y rastrero! Es un ser despreciable. ¡Es un cobarde! ¡Debería pasar el resto de sus días en la cárcel! ¡Deberían lapidarlo en Whereabouts Lane! ¿Acaso cree que ha visto mi peor cara? ¡Ja! ¡Tiembla, Archibald Flat! ¡Porque Emma M. Lion es el ángel vengador más temible que puedas imaginar!

¡CANALLA! ¡SUCIO VILLANO!

Más tarde 

El borrón de tinta es resultado directo de mi malhumor. Ahora me he tranquilizado lo bastante para comprender que estrangular a Archibald Flat tendría efectos desastrosos en mi felicidad futura. Por tentadora que sea la idea, la cárcel me dejaría con menos opciones aún que ahora.

Asqueroso sinvergüenza.

Salía de Lapis Lazuli House justo cuando yo subía las escaleras. Por su expresión supe que se daba cuenta de su equivocación —me refiero a salir de casa en ese momento, no a haber despilfarrado mi dinero—, pero detrás de su altivez había algo más. ¿Incomodidad tal vez? ¿Una sombra de vergüenza? Eso y que ambos supiéramos lo que había hecho.

—Hola, Archibald —dije con voz fría como el interior de una cripta.

Él saludó con la cabeza y se pasó una mano por la cabellera grasienta.

—Tú y yo tenemos asuntos de los que hablar —continuó—. Te advierto que, a partir de este momento y por expreso deseo mío, ya no puedes retirar dinero del banco. Tendrás que consultarme cualquier gasto relativo a la casa. Ahora lo que quiero es que nos sentemos y me expliques lo sucedido. Será mejor que accedas y que me trates con amabilidad exquisita, o de lo contrario te echaré a la calle, así que ayúdame.

Mi saludo pareció surtir efecto.

—Por supuesto.

—Tráeme el registro de tus deudas pendientes.

Y con eso me despedí.

Traté de escribir una nota a Arabella. No fui capaz.

Traté de hacer lo mismo con Mary, pero de nuevo fracasé. No, la vergüenza y la sensación de ser una estúpida eran tan agudas que no podía compartirlas con nadie. Aún no. De manera que escribí a alguien que no podía tener opinión alguna sobre el asunto.

Maxwell:

Supongo que dirías que me lo tengo merecido por ser una ciega y una ignorante. Si se te ocurre algún modo de reconstruir el naufragio al que ha quedado reducida mi economía, envíame una señal cósmica.

Te echo de menos.

Emma

Agnes me subió té y galletas de mantequilla, y por su ademán tímido y solícito supe que estaba al tanto de algo. En cuanto se escabulló, me senté en mi escritorio y me puse a mirar fijamente la pared blanca delante de mí.

17 de abril

Archibald y yo nos hemos intercambiado notas por medio de Parian y Agnes. Hemos negociado una hora y un lugar para nuestro cara a cara. En un determinado momento de los intercambios del día, Agnes me preguntó si tendría que hacer de padrino.

—No he retado a duelo a Archibald, Agnes —contesté mientras le daba otra nota—. Y, de hacerlo, desde luego no dejaría que fueras testigo de un asesinato.

—¡Ay, señorita! —Abrió mucho los ojos.

—No temas, Agnes. Archibald Flat vivirá para seguir estafando.

—Es que creo que sería mucho mejor si, en lugar de dispararle y terminar en la horca, lo envenenara usted.

—¡Agnes!

—No era mi intención... Lo que pasa es que ha dicho Parian...

—Jamás debes hacer caso de lo que diga Parian. ¡Jamás! ¿Me oyes? Y, ahora, entrega esta nota y vuelve al trabajo.

Adopté la expresión más severa de que fui capaz hasta que la oí en las escaleras del piso de abajo, y, entonces, los tres días de incertidumbre se manifestaron en un ataque de risa que se prolongó durante un cuarto de hora. Es posible que la propuesta de envenenamiento de Agnes sea, en última instancia, lo que salve la vida al primo Archibald.

La reunión ha sido fijada para la mañana del día 19, en el gran salón que no se usa, a las diez en punto.

Solo el tiempo dirá cuál de los dos sale vivo.

18 de abril

Acabo de volver de una inspección de Lapis Lazuli Minor. Después de obligar a Parian a entregarme la llave y acto seguido descubrir que había instalado una destilería en la cocina sin terminar, considero que es un lugar bastante habitable.

Lapis Lazuli Minor Nació Así: el primo Archibald asistió a una conferencia hace años donde se anunciaba que la generación siguiente de caballeros serían hombres de negocios. La idea lo llenó de ímpetu y decidió poner en práctica un descabellado plan. Dividiría Lapis Lazuli House y alquilaría la mitad más pequeña a una persona respetable y con dinero.

Lapis Lazuli puede considerarse una buena casa —podría decirse incluso que es magnífica—, pero siempre fue muy alta y estrecha. De modo que no había mucho por donde adelgazarla, por así decirlo. Como ya he mencionado, este hecho no disuadió al primo Archibald.

Quitó trece palmos al lado norte de Lapis Lazuli House y se limitó a levantar una pared. Acto seguido hizo instalar una puerta donde antes había una ventana. Las escaleras de servicio, que ocupaban cuatro palmos de los trece, se alfombraron, y se dieron unos toques finales a las estrechísimas habitaciones. El resultado fue la porción más extraña de Londres que pueda encontrarse.

Por suerte, hay tres chimeneas repartidas en los tres pisos y una ventana en cada habitación. Se trataba de una buena idea en teoría, sobre todo si se alquilaba únicamente a individuos muy delgados. Pero, cuando llegó el momento de levantar la parte de la pared

correspondiente al desván, un espíritu magnánimo se apoderó del primo Archibald. Decidió ceder a su futuro inquilino la mitad exacta de la buhardilla, y así fue como la ventana central quedó dividida en dos. Quien construyó la pared es digno de elogio. El resultado es encantador. Y yo puedo instalarme en el pequeño asiento de la ventana y abrir mi parte de esta, puesto que la barra central ahora está fija. Supongo que, si alguien al otro lado abriera su parte de la ventana, podríamos intercambiarlos notas, galletas o libros amistosamente. Sin embargo, Lapis Lazuli Minor —así la bautizó mi padre para consternación de mi primo— está vacía. Los intentos de Archibald de alquilarla todos estos años han fracasado estrepitosamente. El primer inquilino fue un hombre agradablemente vestido que insistía en que tenía varias hermanas que mantener, las cuales no tardarían en reunirse con él. El primo Archibald se mostró deseoso de alquilar a este hombre de buena reputación hasta que un vecino le hizo ver, al poco de llegar varias hermanas con exceso de *rouge* y ligeras de ropa, que su buena reputación no era tal. Hubo bastante revuelo en St. Crispian's hasta que se aclaró el malentendido. Archibald se sentía tan avergonzado que estuvo tres meses sin salir de casa.

Yo entonces tenía solo nueve años y, por consiguiente, se suponía que no debía ni oír ni comprender lo que pasaba, pero, puesto que mi padre estuvo riendo medio mes, la historia del primo Archibald y sus Damas de la Noche terminó por salir a colación. Mi madre se sonrojó.

—¡Declan, te está oyendo tu hija!

—Así aprenderá a no hacer tonterías.

Pobre primo Archibald.

Desde aquel hilarante suceso, el primo Archibald ha tenido unos cuantos inquilinos, ninguno de los cuales ha durado demasiado. Como es lógico, no hay demasiadas personas dispuestas a vivir en trece palmos de Lapis Lazuli, por muy azul que sea la puerta.

Pero ¿y si encontrara al inquilino adecuado?

Si bien el apartamento es absurdamente angosto, sin duda un caballero proclive a trasnochar por ser jugador empedernido se encontraría bastante cómodo. No busco un inquilino disoluto. En cualquier caso, esos prefieren las habitaciones de Traitors Road. No, lo que busco es a alguien que sea lo suficientemente responsable para pagar el alquiler pero a quien unas poco escrupulosas costumbres lo mantengan ocupado fuera de casa.

19 de abril

El primo Archibald y yo nos reunimos en el gran salón. Agnes había limpiado la estancia y nos trajo té y *scones*, y, puesto que llovía, Parian encendió el fuego. Después de intercambiar una mirada esperanzada sobre sus respectivas supervivencias, ambos salieron. Una vez estuvimos solos, enderecé los hombros y lancé mi primera estocada.

—Primo Archibald, me has engañado.

—Y tú me has dejado una cicatriz en la cara —contestó con tono de remilgo.

—¡Por el amor del cielo! ¡Te tiré una tetera vacía por llamarme indigente y decirme que no era mejor que el bastardo irlandés de mi padre! ¡Mi padre! Que siempre te trató bien. Te merecías algo peor que una cicatriz, rata llorona.

Después de semejante discurso, tardé un momento en recuperar el aliento. Los dos estábamos sorprendidos, pero, por extraño que resulte, sirvió para poner las cartas sobre la mesa. Archibald tuvo la delicadeza de sonrojarse intensamente y dijo:

—Voy a escribir a Matilde y exigirle tus tres años de salario. Lo quiera o no.

—Desde luego que lo harás.

—También te daré los libros de cuentas de la casa, puesto que quieres llevarlas tú.

—Por favor.

—Y estas son mis deudas pendientes. No se puede decir que Archibald Flat no pague a casi todos sus acreedores a tiempo.

Lo miré furiosa mientras él dejaba unos papeles entre los dos.

Cuando me miró a los ojos por primera vez desde..., en fin, quizá por primera vez en su vida, se retorció las manos en el regazo.

—No deberías decir la palabra «bastardo», Emma. Tu madre no lo aprobaría, y era una mujer encantadora. No te pareces demasiado a ella.

Suprimí una mueca de desagrado, convencida de que estaba intentando hacerme un cumplido, por torpe que fuera.

—Citaba lo que dijiste tú y que tanto me enfureció. Mi padre fue muy generoso contigo.

—Para ser irlandés —contestó Archibald encogiéndose de hombros.

—¡No digas ridiculeces!

Ladeó la cabeza y se retiró un mechón ralo para enseñarme La Cicatriz, pero yo no pensaba tener de nuevo esa conversación.

—Volvamos al asunto que nos ocupa. Hemos de encontrar la manera no solo de conservar Lapis Lazuli House, sino también de pagar a Parian y a Agnes. Ayer estuve en Lapis Lazuli Minor y creo que deberíamos obtener una pequeña renta alquilándola. ¿Se te ocurre cuál puede ser la mejor manera de asegurarnos un inquilino de fiar?

—De hecho —dijo Archibald con superioridad—, el propietario de la tienda de guantes de esta misma calle tiene un amigo que regresa ahora a Londres y necesita alojamiento. Me ha preguntado si consideraría ofrecerle Lapis Lazuli Minor.

La idea de que Archibald decidiera quién viviría en la casa contigua se me hacía cuesta arriba. Ya me imaginaba al pobre desgraciado dispuesto a llegar a un acuerdo con Archibald. Sería un

pisaverde con pelo grasiento y nariz sucia. Por tentada que me sintiera de rechazar la propuesta de plano, pregunté:

—¿Es un hombre decente?

—¿Dudas de mi capacidad para evaluar el carácter de las personas?

—Quizá.

—Al parecer, el posible inquilino ha vivido en el extranjero desde que era muy joven —dijo el primo Archibald—. Yo no lo conozco personalmente, claro está, pero me dice Chambers que es un buen hombre, si bien con algunas opiniones peculiares. Pero no creo que sean tan radicales como para volverlo inapropiado. Las personas con opiniones también tienen dinero.

—Una opinión no ha de ser mala, excepto si es en defensa del canibalismo, en cuyo caso podríamos correr peligro mortal —contesté.

Archibald me miró furioso.

—¿Le digo que sí?

—Supongo —respondí agitando una mano—. Sí, puesto que lo necesitamos. Cuanto antes contemos con una pequeña renta, mejor para todos. Disponemos de un año estoico para evitar la muerte inminente.

—Permíteme que lo organice todo. Viene a Londres la semana que viene. Creo que podremos instalarle en cuanto llegue.

—¿Cuánto va a pagar?

El primo Archibald carraspeó y dijo:

—No te comportas como una dama.

—Oh, cielos. —Y, a continuación, puesto que no entendía a qué venía el comentario, pregunté—: ¿Por qué no?

—Hablas de dinero como si fuera apropiado. Es un escándalo cómo vas por ahí aporreando puertas y citando cantidades. Espantoso. Me avergüenzas. —Cuando di la callada por respuesta, prosiguió—: Había pensado en esta suma.

Después de garabatear algo a lápiz en un papel, lo deslizó por la mesa hacia mí. Miré la suma y fruncí el ceño.

—No puedo saber si es demasiado o demasiado poco.

—Es un precio justo.

Suspiré.

—Es algo, pero no suficiente. ¿Se te ocurre alguna manera suplementaria de costear nuestros gastos? ¿Quizá vender algunos batines?

Archibald dio un respingo indignado.

—Pero... ¿será posible? ¿Te he pedido yo que vendas tu pelo? ¿Por quién me has tomado? ¿Por un vil mendigo?

La verdad es que sí.

Pero, como no quería enzarzarme de nuevo, di por finalizada la reunión.

—Alquila Lapis Lazuli Minor sin más dilación. Y ahora vete. Hemos terminado.

Con una inclinación de cabeza, el primo Archibald se puso de pie, se guardó dos *scones* en el bolsillo y desapareció.

20 de abril

Ha venido Arabella a tomar el té. Llegó en un suntuoso carruaje del que se bajó como si caminara sobre una nube. La saludé con la mano desde mi ventana y le indiqué con gestos que se reuniera conmigo. Después de subir los cinco pisos sin un jadeo, se recostó con elegancia en una de mis gastadas sillas.

—Tengo una sorpresa para ti, Emma —dijo—. Le he pedido a tu mayordomo que la suba. Me vas a querer para siempre.

Agnes trajo el té y se disponía a salir cuando oímos las fuertes pisadas de Parian en las escaleras. Llegó sin resuello y cargando con un baúl pequeño. Pero, en lugar de quejarse, sonrió sumiso a Arabella.

—¿Lo quería aquí, señorita? —dijo, todavía recuperándose del esfuerzo realizado.

—Precisamente. Gracias, Parian.

Parian dejó el baúl en el suelo y, con una inclinación de cabeza a Arabella y un gruñido a mi persona, nos dejó solas.

—De verdad que no tengo ni idea de qué le has hecho a ese pobre hombre para que te trate así —dijo Arabella quitándose los guantes.

—Yo tampoco.

—Culpo a tu encantador e irlandés padre.

Puse los ojos momentáneamente en blanco, ofrecí a Arabella una taza de té y pregunté:

—¿Qué hay en el baúl?

Entonces sonrió.

—¿Recuerdas esas pocas pertenencias de tus padres que escondimos en Spencer Court? Las he hecho traer sin que se entere mamá. Están en el baúl.

—¡Lo has conseguido!

—Sí. Ya has estado suficiente tiempo sin ellas, y ahora que tienes una residencia permanente...

Me senté en el suelo y abrí el baúl antes de que Arabella pudiera detenerme.

Dentro había cosas que ni siquiera recordaba. Un chal de mi madre. Un jarrón. Un paquete con las cartas que se habían intercambiado mis padres. El anillo de casada de mi madre. Un espejito. Su Biblia. Y, al fondo, envuelto en una manta, estaba el Shakespeare ilustrado de mi padre. Las obras completas con cada una de sus ilustraciones pegadas entre las páginas. Lo cogí y me lo acerqué al pecho.

—Lo has conseguido —repetí en voz baja esta vez, puesto que el corazón me latía tan fuerte dentro del pecho que casi no podía hablar—. Arabella.

—No las mires ahora. Solo voy a estar aquí una hora, después tengo que volver a mi madre y a mi profesor de baile. Sácalas cuando estés sola y tengas un poco de intimidad.

Me puse de pie y coloqué el Shakespeare de mi padre y la Biblia de mi madre en la librería verde antes de ir a sentarme en una silla al lado de Arabella y mirar mis libros con afecto.

—Ahora no voy a conseguir que me hagas caso. Eres peor que una colegiala camino de su primer baile.

Sonreí y miré traviesa a mi prima.

—Tú fuiste a tu primer baile el año pasado.

—Sí, pero coincidirás conmigo en que mis modales no son los de una colegiala. Yo soy mucho más refinada.

Por supuesto que lo es.

—Cuéntame, Emma, ¿en qué has empleado tu libertad?

Después de contarle las novedades del vecindario, le confesé mi situación de inminente indigencia. Traté de convertir la noticia en una tragicomedia en tres actos, pero Arabella no se rio. Es experta en disimular las emociones fuertes, pero, mientras le refería las deplorables acciones de Archibald, le brillaban los ojos.

—Es un villano.

—Y tanto.

—¿Cómo ha podido hacer algo semejante? Me refiero a legalmente. Las dos sabemos lo egoísta que es.

—Mi padre autorizó a Archibald a usar todas las cuentas, le dio acceso legal hasta que yo fuera mayor de edad.

Arabella meneó la cabeza con la misma cara de desaprobación que había puesto el señor Penury.

—Yo quería a mi tío, Emma, pero su natural soñador lo convirtió en un necio en más de una ocasión.

—¡Arabella!

—Las dos sabemos que es verdad. Por adorable que resultara.

En parte tenía razón. Sin embargo, quise decirle que no era necesidad, sino la capacidad de vivir su vida sin necesitar nada más. Para él, Archibald era poco más que un ser ridículo, supongo que nunca imaginó que pudiera hacer verdadero daño.

—Lo hecho hecho está. —Suspiré.

—Es una lástima que seas demasiado obstinada para aceptar mi ofrecimiento de que mi marido y yo nos hagamos cargo de ti —

contestó Arabella en tono desenfadado—. No tendrías que preocuparte de nada si aceptaras.

—Ni siquiera tienes marido aún —repliqué—. Tu madre no quiere que te prometas antes de la próxima Temporada, y, para cuando te cases, yo estaré en el arroyo. Con orgullo o sin él, necesito sobrevivir.

—Pídele dinero a mi madre.

—Me obligaría a vender la casa antes de darme un penique.

—Cierto. ¿Vas a buscar un empleo? —dijo sin lograr reprimir una mueca de espanto.

—Estoy considerando mis opciones, aunque dudo que un empleo baste para hacer frente a los gastos, puesto que tengo dos salarios que pagar.

—Despide a Parian.

Reí.

Antes de irse, Arabella me dio un sobrecito.

—Cinco libras para que no pases hambre.

—Me niego a aceptar limosnas —contesté, e intenté devolvérselo.

—Eso lo dice la joven con un guardarropa entero costado por su tía. Guarda unas libras para emergencias y gasta el resto. Ah, Phineas y Oliver Brookstone te mandan recuerdos en su carta. Están deseando verte cuando mamá te llame a primera línea.

—Ah, sí, salúdalos de mi parte.

—Lo haré.

No leí ninguna de las cartas. No estoy preparada. Pero puse la manta doblada encima de la cama, dejé el espejo de mano y el jarrón en mi tocador y colgué el chal —rosa y verde suave— en un gancho detrás de la puerta. Luego cogí la Biblia y el volumen de

Shakespeare de la estantería y abrí la primera. En la Biblia estaban escritos el nombre de mi padre, de mi madre y el mío en la letra de esta. El libro estaba gastado y era lo bastante pequeño para caber en un ridículo. Shakespeare era otra cuestión. Eran las obras completas y no había manera de transportarlas por ahí. Cuando abrí la tapa, me saludó una ilustración a toda página con varios de sus personajes. Estaba Enrique V arengando a sus hombres antes de la batalla de Agincourt. Oberón y Titania. El príncipe, Benedick y Claudio. Lear vestido de mendigo en el acantilado. Bruto escondiendo un cuchillo a la espalda. Los ojos sin vida y vueltos al cielo de Ofelia desde su tumba acuática. La hábil mano de mi padre les insuflaba vida con unos cuantos trazos de tinta y acuarela, igual que hacía su voz cuando me leía las obras. Ver de nuevo su trabajo fue tal conmoción que cerré el libro.

Disfrutaré de cada página, pero me llevará tiempo. Lo leeré despacio, alargando el placer todo lo que pueda.

Más tarde

Acabo de abrir el libro otra vez al azar, justo por *La tempestad*, con una ilustración de Próspero y Miranda, y Ariel susurrándole al oído al primero.

Por aquí empezaré, en una isla encantada libre de las preocupaciones mundanas.

22 de abril

Los ratones no se han desanimado. Por mucho que tapone los agujeros, aparece uno nuevo como por ensalmo. Agnes me sugirió llenar una botella de cristal con migas de pan. Dijo que el ratón se metería dentro y comería sin parar. «Engordará tanto que no podrá salir, y entonces podrá llevarlo al jardín trasero y hacerlo pedazos».

Me parece una barbaridad, pero quizá merezca la pena probarlo.

23 de abril

Hoy he recibido carta de Evelyn. La verdad es que no tengo ni idea de cómo tomármela. Es la primera que me escribe desde la muerte de Maxwell.

Emma:

Sabes que nunca he sido de escribir cartas. Me falta paciencia para relatar las cosas. Habrás adivinado que no te escribo solo para saber si estás bien. Evidentemente eso espero. De no estarlo, sabes que puedes escribirme y pedirme ayuda. No tuvimos la mejor de las despedidas, pero hemos sido buenos amigos durante muchos años y las palabras que nos cruzamos no van a cambiar eso.

Emma, te escribo para comunicarte que mi padre está considerando exhumar a Maxwell para enterrarlo aquí, en Barrows Edge. No sé si finalmente se hará, ya conoces a mi padre; es como un viento que sopla con furia desde el norte y al momento siguiente desde el sur. Pero pensé que debías estar preparada, o al menos avisada, en caso de que suceda y decida sacar a mi hermano de ese lugar dejado de la mano de Dios.

Ojalá lo dejara estar. Han sido tres años difíciles, con mi madre en el límite de sus fuerzas y mi padre o furioso o melancólico o, peor aún, las dos cosas a la vez. Pero quizá tener a Maxwell de vuelta en casa nos procure un muy necesario consuelo.

Sea como sea, aquí va el disparo de advertencia. No hace falta que contestes, a no ser que tengas alguna noticia concreta que

darme. Prometo escribir cuando haya novedades que requieran tu atención.

Maxwell habría querido que lo supieras. Estabais muy unidos. Eso lo reconozco a pesar de lo que dije y de lo que te acusé. Fui injusto. En fin. Bonita manera de pedir disculpas. Al final de una carta en la que no hago más que amenazarte con un nuevo y deprimente funeral. Desde luego, no tengo remedio.

Saludos,

Evelyn

Leí la carta de cabo a rabo tres veces, a continuación la doblé y me puse a tamborilear con ella en una esquina de la mesa mientras asimilaba su contenido.

Lo reconozco, pensar en otro entierro se me hace... cuesta arriba. Pero a Maxwell le encantaría estar en casa. Verdes pastos, prados, el arroyo perezoso entre los árboles. Y, a juzgar por las horas que pasamos hablando en el cementerio, sería feliz descansando allí para siempre. Si es que se molesta en volver a esta tonta tierra y mirar, claro.

Tres años es mucho tiempo. A estas alturas, puede haber viajado lejos y habernos dejado a todos atrás. Una vez le pregunté acerca de la vida eterna. Le dije:

—Maxwell, ¿cómo la imaginas?

Me contestó:

—Bueno, Lion, no puedo saberlo, pero confío en vivirla mejor que la que tengo ahora mismo.

Poco después partiría con el ejército. Y ojalá hubiéramos sabido entonces, al despedirnos, que moriría en el desierto de Afganistán.

Hay quien prefiere no saber cuándo está con alguien por última vez. A mí en cambio me habría gustado. Y no porque yo sea valiente, sino porque Maxwell sí lo era. Él no habría tenido miedo. Se habría reclinado contra el muro de piedra y habría dicho:

—Bien, Lion. Me marcho, y parece que será la última vez que contemplo este verde paraje.

Y mi corazón, al romperse, no me habría dolido menos que cuando conocí la noticia, pero él habría estado a mi lado. Me habría mirado con esos ojos grises suyos hasta que mi corazón cayera en la cuenta de que tenía que mantenerme viva varios años aún. Y, una vez me hubiera recobrado —no de la amarga verdad, sino de la impresión de que iba a morirme detrás de él—, Maxwell habría levantado el mentón y me habría brindado esa tan deseada señal de aprobación: una única inclinación de cabeza seguida de una sonrisa llena de toda la determinación que hubiera sido capaz de reunir.

Aunque hay muchas cosas que escapan a nuestro control, siempre he pensado que la más cruel es que los mortales no sepamos que nuestra última mirada no es sino eso: la última.

Estuve a punto de irme a dormir sin encender una vela a mi padre, tan distraída estaba con la carta. Pero antes de irme a la cama me acordé y ahora me encuentro acurrucada en el asiento de la ventana con mi vela encendida, la ventana abierta a la noche primaveral y convencida de que tiene que haber desgracias más grandes que perder a mi madre, a mi padre y al único joven que hizo latir mi corazón. Pero no se me ocurre ninguna.

24 de abril

Después de mi paseo matutino, cogí el billete de cinco libras de Arabella y fui al Reed and Rite. Después de comprar papel, tinta, sobres y unos cuantos plumines nuevos, decidí que podía gastarme unas monedas, así que bajé a tomar un café y los pasteles que tuvieran a bien servirme. Saboreé mi refrigerio despacio. Sentada en un rincón, tenía buenas vistas tanto de las personas dentro del establecimiento como de las que caminaban por la calle. Entró el señor Green y, cuando me vio en el rincón, se acercó y me dio la bienvenida.

—Había oído que estaba otra vez entre nosotros. ¡Y mira por dónde así es! Todo un milagro —dijo, como si yo hubiera vuelto de entre los muertos—. Cuando corrió la voz de que estaba usted en Bournemouth, todos nos temimos que no saldría con vida. Pocas personas lo consiguen, ¿sabe usted?

—Pues sepa usted que a punto estuve de no hacerlo yo tampoco. —Reí—. Pero estoy aquí, indefinidamente.

—¡Excelente! ¡Excelente! Se lo diré a mi señora. Le hará una visita o le mandará sus galletas de mermelada.

—Ambas cosas serán bien recibidas.

—Pero en especial la segunda. ¿Me equivoco?

No se equivocaba.

25 de abril

Agnes ha subido corriendo a la buhardilla esta noche, cuando yo ya me había acostado.

—¡Señorita Lion! ¡Estaba en el jardín y lo he visto! Solo he salido a tirar un poco de agua, lo juro. No pretendía que sucediera.

—¿De qué estás hablando? Agnes, deja de gritar y dime quién estaba en el jardín. ¿Te encuentras bien?

Para entonces yo había encendido una vela y pude ver a la criada temblorosa con una mano en el corazón y ojos grandes como peniques de cobre.

—Lo he visto, señorita, tan claro como el día.

—¿A quién?

—A El Romano.

—¡El Romano!

Cogí a Agnes de la mano y tiré de ella hacia la atestada buhardilla oeste. Nos abrimos paso entre los muebles y miramos por la ventana.

—¿Dónde estaba? No veo nada.

—Estaba allí mismo. —Agnes señaló un rosal sin podar junto al porche de ladrillo—. Salió por esa puerta y, al verlo, di tal respingo que se me cayó medio cubo de agua encima.

—¿Y? —pregunté con un gesto para que siguiera hablando.

—Y me miró a los ojos, pero no se movió.

El acento escocés que tanto se había esforzado su madre por erradicar estaba aflorando a base de bien.

—¿Y entonces?

—No hacía más que mirar hacia la ventana contigua a esta, la ventana de la buhardilla en el otro costado de la casa.

—¿Lapis Lazuli Minor?

—La miraba fijamente. Y entonces dijo: «Un hombre de guerra viene a esta casa». En ese momento chillé y desapareció.

—¿Y después? —añadí secamente en un torpe intento por contrarrestar el escalofrío que me recorría la espalda.

—Y entonces entré gritando a buscarla a usted. No voy a poder dormir en mil noches, señorita Lion. No me obligue a dormir sola detrás de la cocina.

—Bobadas, Agnes. Suena como un fantasma de lo más amistoso.

—Eso es verdad. No se puso bizco, ni se rio ni nada de eso. Pero ¿quién es ese hombre de guerra? ¿Va a venir aquí? ¿Nos va a quemar a todos?

A aquellas alturas, la comedia de Agnes había ahuyentado cualquier temor sobrenatural que hubiera podido albergar yo.

—Por el amor del cielo, Agnes. No puedes ir por ahí pensando que un viejo fantasma romano sea el colmo de la sapiencia.

—¿Pero no sabrá mucho más que nosotras?

No le faltaba razón, pero yo no tenía intención alguna de andar alimentando miedos irracionales cuando faltaba un cuarto de hora para medianoche.

—Vete a la cama, Agnes. No ha habido un solo informe adverso sobre El Romano en todo St. Crispian's. Deberíamos congratularnos de que haya visitado nuestro jardín.

—¿Pero cree usted que el hombre a quien ha alquilado el señor Flat la otra parte de la casa es el hombre de guerra?

—Ni siquiera sabemos qué quiere decir esa expresión. Por lo que

a nosotras respecta, podría haber declarado la guerra a los zorros en la campiña. No voy a hacer caso de tus especulaciones a estas horas de la noche. Ahora vete a tu cuarto. No corres el más mínimo peligro. Y, cuando llegue nuestro inquilino, será de lo más normal.

Hablé con una seguridad que no sentía; he ahí uno de los grandes secretos de la vida. Pero, después de que Agnes se fuera, permanecí en la buhardilla oeste mirando el jardín y preguntándome qué habría querido decir El Romano. Para mi gran alivio y total desilusión, no volvió a aparecer. Al cabo de una hora regresé a mi habitación, pero sigo agitada. No tengo ni pizca de sueño.

26 de abril

Hace unas horas, estaba sentada en mi ventana y acababa de abrir el primer acto de *La tempestad* cuando un coche de punto, seguido de una carreta cargada de baúles y cajas de formas extrañas, se detuvo delante de la casa. Por espacio de un instante no ocurrió nada, salvo que ambos conductores se bajaron y señalaron con gestos los tres baúles más grandes de la carreta. Entonces se abrió la portezuela del coche. Se apeó un hombre. Era alto, de espaldas anchas, con barba algo descuidada, y no pude evitar pensar en los marineros de *La tempestad* que naufragaban en una isla misteriosa. Por cómo miraba el hombre a su alrededor, hacia ambos lados de Whereabouts Lane, es posible que estuviera pensando lo mismo. Cuando echó a andar hacia los conductores, vi que tenía una cojera pronunciada.

Entonces hizo su aparición el primo Archibald, cual Próspero, dando la bienvenida al desconocido a la isla de Lapis Lazuli (claro que yo le habría dado el papel de Caliban). Cuando Archibald tendió la mano, el hombre se la estrechó. Hablaron durante unos minutos más; es decir, el primo Archibald parloteó mientras el hombre esperaba pacientemente tratando de descansar su pierna herida sin llamar la atención.

—Deja tranquilo al caballero, primo —susurré al cristal—. ¿No ves que está incómodo?

Ya fuera el destino, los ángeles o Ariel mismo, mi súplica fue escuchada. Archibald hizo una inclinación de cabeza, entregó una llave al desconocido y, tras saludarlo con la mano, subió las

escaleras y cerró la puerta. A pesar de los cinco pisos que nos separaban, estoy casi segura de que oí a Archibald silbar de satisfacción consigo mismo.

Observé al desconocido subir las escaleras de Lapis Lazuli Minor, abrir la puerta con la llave y dar órdenes a los conductores. A pesar de la cojera, ayudó a transportar todos los baúles y las cajas de formas extrañas. Por fin pagó a los conductores y entró.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando oí a alguien en las escaleras y a continuación un estrépito al otro lado de la pared de la buhardilla. Tanto me sobresalté que casi se me cayó el volumen de Shakespeare al suelo. Oí nuevas pisadas en las escaleras. Durante la hora siguiente lo oí subir y bajar, y la extraña vacilación de su trastabillo resonaba por la casa. No puedo estar segura, pero da la impresión de que está instalando su dormitorio en este lado de la buhardilla. Me moví con cautela, temerosa de hacer ruido, reacia a molestar, no sé bien por qué. Por extraño que parezca y por obra de alguna ley intangible, este caballero se me hace merecedor de descanso.

Salí a dar un largo paseo, primero por todo St. Crispian's, antes de subir Primrose Hill. Había nubes negras formándose al sur, aunque en mi pedazo de Londres brillaba el sol. Pensé en Gonzalo en las primeras páginas de *La tempestad* y en cómo, cuando le ordenan abandonar la cubierta y dejar sitio a los marineros para que hagan su trabajo en la tormenta, contesta: «Cálmate, amigo».

A lo que el contramaestre replica: «¡Cuando se calme la mar!».

No sé por qué no hacía más que repetir esas palabras en mi cabeza. Quizá así es como me siento frente a lo precario de mi existencia. Cálmate, me dice la voz de la razón. ¡Cuando se calme la

mar!, quiero gritar. Hasta que no sienta el mundo firme bajo mis pies, mi vida se me antoja vapuleada por el embate y el vaivén de cada ola inesperada. Y este desconocido que ha arribado a nuestra orilla me hace sentir a la vez melancólica e impaciente. Y no entiendo por qué.

Más tarde

Las paredes entre mi buhardilla y la del desconocido no guardan demasiado bien los secretos. Sé que está enterado de mi presencia porque, al volver del paseo, lo oí detenerse cuando cerré mi puerta; después prosiguió con lo que fuera que estuviera haciendo. Al cabo de una hora, oí agua en un lavamanos y más baúles abriéndose. Alguien llamó en voz alta por las escaleras y, a continuación, subió para saludar a nuestro inquilino. ¿Quizá el dueño de la tienda de guantes ha venido a ver a su amigo instalado? Para mi alivio, percibía la entonación ascendente y descendente de las frases, pero no las palabras. Eso quiere decir que mi intimidad está asegurada. El amigo no se quedó y al cabo de poco tiempo oí un suspiro y, acto seguido, silencio. Sospecho que se quedó dormido.

Al llegar la tarde, cuando empezó a oscurecer y las nubes y el viento iban en aumento, oí al inquilino salir de la buhardilla. Curiosa como soy, me quedé donde estaba, en el asiento de la ventana, y miré hacia la noche, a una farola que brillaba en la luz declinante. La puerta principal de Lapis Lazuli Minor se abrió y el nuevo inquilino salió a las escaleras de entrada.

Iba recién afeitado y vestido de frac; apenas guardaba parecido con el hombre que había entrado horas antes. Pero su cojera

persistía cuando bajó las escaleras y caminó por la acera. Entonces se detuvo bajo la farola y, cosa inexplicable, miró hacia mi ventana. Allí estaba yo, con la frente pegada al cristal, mirando sin ningún disimulo.

Nuestros ojos se encontraron.

Daba la impresión de ser joven, ¿de unos treinta años? Tenía la cara en sombras, pero me pareció ver facciones afiladas, angulosas, propias de alguien que ha pasado hambre con demasiada frecuencia, pero no hambre de comida. No sé explicarlo. Solo que tuve la sensación de que la tormenta que se formaba en el cielo era un presagio de aquel hombre detenido solo en la calle.

Ninguno de los dos tuvo el decoro de apartar la vista. Seguimos mirándonos hasta que nuestra curiosidad quedó satisfecha. Después de escudriñarme, entornó ligeramente los ojos y se llevó una mano al sombrero justo cuando las primeras gotas de lluvia golpeaban mi ventana. Acto seguido, desapareció Whereabouts Lane abajo.

27 de abril

El primo Archibald ha salido hoy de la ciudad. Me avisó Agnes, de otro modo yo ni me habría enterado. (Ni le habría echado en falta tampoco).

—Voy a ver a Matilde y a acordar personalmente tu salario. Tengo intención de quedarme allí unos días, quizá una semana —me informó mientras se ponía los guantes y se ajustaba el sombrero.

Mi galante caballero partiendo a luchar contra el dragón para así asegurarse de que no termino en la calle. Es conmovedor ver cuánto le preocupa recuperar el dinero que se me adeuda ahora que lo necesita para vivir.

—¿Te acompaña Parian?

—Santo cielo, no. Se ha ido a visitar a su hermano.

Agnes y yo nos miramos con aprobación.

—Disfruta de tu visita, primo —dije sonriendo—. Dejas Lapis Lazuli en buenas manos.

—Eso no me consuela nada, prima —replicó—. Y no molestéis a nuestro inquilino. Es un hombre atareado y no necesita que lo importunen dos mujeres como gallinas cluecas.

—Pues qué desilusión —contesté—. Pensaba picotearlo hasta hacerle llorar.

—Tu humor no es bien recibido en esta casa.

Aquellas fueron sus últimas palabras antes de irse. Estuve a punto de decirle que tenía amplia constancia de ese hecho.

El primo Archibald no se llevó una maleta, sino dos. La segunda, me explicó Agnes más tarde, solo contenía batines de seda.

Ella celebró su marcha retirándose a la cocina a hornear galletas. Yo, liberada del torreón por la ausencia del primo Archibald, me llevé a Shakespeare al salón de recibir y me recosté cómodamente en el sofá. Al poco tiempo llegó un olor delicioso de la cocina y lo siguió Agnes con un plato de galletas y té.

—Que Dios te bendiga, Agnes. Huele divinamente.

—He hecho el doble, para celebrar.

Fue entonces cuando se me ocurrió la idea.

—Agnes, ¿por qué no le llevas unas galletas a nuestro inquilino? Palideció.

—Huy, no, señorita Lion.

—¿Y eso por qué?

—Porque El Romano dijo que era un hombre de guerra.

—No sabemos exactamente a qué se refería con ello.

—Aun así.

—Es cojo, ¿no lo has visto? Imagina lo incómodo que debe de resultarle ir hasta el Reed and Rite, todo el camino renqueando, cada vez que quiere comer algo rico. Llama a su puerta, ofrécele un plato y luego vuelves aquí y me lo cuentas todo.

—No puedo.

—Sí puedes. Si lo haces, mañana te doy el día libre.

—¿Lo dice de verdad?

—Por supuesto. Podrás hacer lo que te apetezca y levantarte tarde el domingo.

Ponderó este deleite frente al temor que le inspiraba enfrentarse a un inquilino desconocido y belicoso.

—Conforme, señorita Lion. Le llevaré un plato.

—¡Maravilloso! Toma buena nota de todo. Espero un informe

completo.

Aguardé mientras Agnes iba de nuestra puerta a la suya. Llamó y esperó. Silencio sepulcral. Agnes llamó una segunda vez. Y una tercera. Por fin, cuando yo había asomado la cabeza por la puerta y nos habíamos encogido de hombros, se abrió Lapis Lazuli Minor.

Oí una voz preguntar: «¿Qué quería?» en el preciso instante en que Agnes cerraba los ojos y le tendía el plato.

—He hecho galletas de más y le traigo unas cuantas, porque debe de ser usted un hombre agradable a pesar de lo que dijo El Romano, así que espero que las disfrute y hasta la próxima, que no será mañana porque mañana voy a Piccadilly Circus.

Después de lo cual por fin respiró.

Cualquiera se habría echado a reír ante semejante perorata. La risa salió de mi persona y resonó en el edificio al otro lado de la calle. Antes de que pudiera taparme la boca con la mano, Agnes había puesto el plato en las manos de nuestro inquilino y corrido a nuestra puerta delantera para entrar y cerrarla de golpe mientras yo la esperaba en el recibidor, aún riendo.

—Me... ¿Qué he dicho? —preguntó.

Meneé la cabeza llorando de risa.

—Ha sido un monólogo encantador, Agnes, de verdad.

—Me ha mirado como si pensara que soy tonta.

—Eso jamás. ¿Te fijaste bien en su cara?

Agnes deslizó la espalda por la puerta hasta quedar sentada en el suelo.

—Ya lo creo.

—¿Y?

—Podría cazar un conejo.

—¿Qué quieres decir?

Agnes levantó la vista.

—Pues que en mi pueblo los halcones bajaban volando y se llevaban los conejos. Estaba bien contemplarlo, pero hay que andarse con ojo. —Y añadió en escocés, señal de que se encontraba a sus anchas—: ¿Me explico?

—Perfectamente, Agnes. Buen trabajo. Te has ganado tu día de asueto en Piccadilly Circus.

—Eso me parece a mí, señorita Lion. Se me va a salir el corazón del pecho.

—Será mejor que descanses el resto de la tarde —contesté, y la dejé recuperándose de su gran acto de valentía.

28 de abril

Esta mañana he visitado a Mary en su casa de huéspedes. Estaba ocupada mecanografiando notas para el profesor en su pequeña y atestada habitación, pero la convencí de que hiciera un descanso y así hablarle del desconocido que ahora vive pared con pared conmigo.

—¿Y no sabes nada más de él?

—Nada.

—Qué misterioso.

Suspiré.

—Mucho. Y he comprobado lo deficiente del tabique que nos separa, pues a la izquierda de mi mesa hay un resquicio que la luz de su lámpara sigue alumbrando después de que yo apague la mía —confesé—. ¿Cómo me sugieres que lo cierre? ¿Con pintura quizá?

—¿Puedes ver su cuarto?

—Huy, no, es demasiado estrecho, pero aun así debería sellarse. No le dije a Mary, ni tampoco confieso aquí, si lo he intentado.

—La señorita Lamb no lo aprobaría —dijo Mary con una sonrisa.

—La señorita Lamb no tiene por qué enterarse. Y hablando de cosas de las que la señorita Lamb no tiene por qué enterarse, ¿cómo está Jack?

Mary se ruborizó.

He visto a mi amiga siendo sorprendida saltando por una ventana, haciéndose pasar por una duquesa y robando los anteojos de la directora del colegio, y en ninguna de esas ocasiones se sonrojó lo más mínimo.

—¿No te habrás enamorado de él?

—¡Desde luego que no! —dijo Mary indignada. Y la creí. Nunca ha tenido empacho a la hora de confesar sus predilecciones—. Lo que ocurre es que he conocido a varias de sus amistades y debo decirte que sin duda la señorita Lamb no las aprobaría.

—No te habrás entregado por completo al desenfreno, ¿verdad, Mary?

—Nada demasiado escandaloso. Una fiesta después de una grata velada en el teatro, eso es todo. También me ha enseñado a jugar a las cartas. En su club. Fui vestida de hombre.

—¡Mary! —exclamé atónita—. ¡No es posible!

Sonrió y se retiró un mechón rebelde de pelo castaño de la cara.

—Gané dos manos y salí con veinte libras en el bolsillo.

—Eres la heroína por derecho propio de todas las cosas, Mary —dije—. Me enorgullece llamarme tu amiga. Pero si vuelves a hacer algo así y te descubren...

—Ahórrate tu preocupación, Emma. La señorita Lamb a punto estuvo de sorprenderme y no puedo permitirme perder esta habitación, y mucho menos mis dos empleos. Jack ya sabe que me he enmendado. De momento.

—Continúa así —dije paseando la vista por la habitación con sus montones de notas transcritas—. ¿Cómo está tu profesor?

Mary se encogió de hombros.

—Sigo sin conocerlo en persona, pero suele pagar a tiempo y siempre tiene una ingente cantidad de notas que necesita que le escriba a máquina y ordene. He aprendido más sobre la Compañía de las Indias Orientales de lo que jamás habría querido.

Me hundo en mi silla.

—Y quién no.

29 de abril

Hawkes no estaba hoy en la iglesia. La congregación parecía algo perpleja. En su lugar había un vicario que habló con voz monótona durante lo que pareció una eternidad. Hacía muchos años que St. Crispian's no padecía tanto. Pero capeamos juntos el temporal y sobrevivimos a él.

—¿Sabe usted adónde ha ido Hawkes? —me preguntó después la señora Simpkins.

—No tengo ni idea —contesté—. ¿Lo sabrá alguno de sus amigos de Cambridge?

—Ah, no se ha presentado ninguno. ¿Se ha fijado usted en el recogimiento que reinaba en el último banco? Se debe a que estaba vacío.

—Tal vez se han ido a la costa —contesté, incapaz de imaginarme al Joven Hawkes en un lugar así.

—La costa —suspiró la señora Simpkins—. Qué encantador. Podría habernos llevado a todos. —Acto seguido me miró y dijo—: Señorita Lion, tiene usted ojos del color de la costa. Verde mar y tan bonitos como el día. No se los he visto nunca a nadie, excepto a su padre. Me pregunto de quién los sacó.

—Es probable que de una tienda de Dublín.

—Qué pícara es usted.

—Gracias, señora Simpkins.

30 de abril

Esta mañana me han despertado los sonidos del inquilino preparándose para la jornada. Era temprano, por la ventana entraba una luz tenue.

No estaba cansada, así que me vestí y salí de casa antes de que amaneciera Agnes. Quería disfrutar al máximo de mi último día de libertad antes de convertirme en esclava del calendario social de tía Eugenia. Después de media hora sentada en Jacob's Well, enfilé Whereabouts justo cuando salía el inquilino. Al estar yo lejos, no me vio, y yo tampoco pude verlo a él bien, tan solo me fijé en que miraba hacia mi ventana. Le encuentro bastante andarín para ser cojo.

Me ha llegado un paquetito. Al quitarle el papel vi que había una nota.

Emma:

Estas son tus tarjetas de visita, que usarás cuando yo lo juzgue conveniente. Ven a verme mañana a las once y hablaremos de las obligaciones sociales que es mi intención asignarte. Quedas avisada.

Tu tía

Suspiré hondo e inspeccioné el paquete. Allí estaban, pulcramente apiladas, y cuando saqué una vi un hermoso león grabado en oro en

el reverso levantado sobre sus patas traseras y con las delanteras en posición de ataque. Por el anverso y en letras doradas figuraban mi nombre y dirección. Pero lo que más me sorprendió fue el borde pintado de las tarjetas. Era de un bonito verde mar, a juego con mis ojos. Por mucho que afirme despreciar el Afecto, tía Eugenia no encargaría una tarjeta así a menos que lo sintiera, aunque los detalles los haya escogido Arabella. Fuera como fuera, me llevé la tarjeta al pecho, cerré los ojos y respiré hondo. Aunque sea lo último que haga, pienso conservar esta casa. Y nadie me la va a arrebatar.

Emma M. Lion

Lapis Lazuli House

Londres

BIBLIOTECA PARTICULAR *de* EMMA M. LION

Hasta la fecha

Obras completas de Shakespeare, de William Shakespeare

Ilustradas por Declan Lion

La Sagrada Biblia

Querido lector:

Por feo que sea leer un diario ajeno, me gustaría dar las gracias a todos aquellos que hicieron posible que hayas empezado a leer el mío.

Gracias a la familia y los amigos de Beth Brower. Son numerosos y siempre la animan y creen en ella. Lo cual resulta muy agradable. Se siente especialmente agradecida por el tiempo que le han dedicado Caitlin, Jenesse, Kimberly, su madre, su padre, Rose y Alena; vuestras aportaciones significan mucho para ella.

Gracias, Angie, por escuchar este plan descabellado entre taza y taza de cacao.

A Rob no hay nada que agradecerle.

Gracias, Tyson Cantrell, por permitir que tu encantador diseño adorne las cubiertas de mis diarios.

Gracias, Jennifer Lerud. Por tu brillante edición, tu generosidad y tu bondad. Duermo mejor sabiendo que Beth te tiene a su lado.

Gracias, Allysha Unguren, por tu talento y tu sabiduría. Por percatarte de las cosas. Y por tu forma de ser curiosa, singular y peculiar.

Gracias, Ben Unguren, por tantos trucos de magia. Y por limpiar la máquina de escribir de Beth. Y por poner tinta morada en las bobinas. Eres una rara combinación de analógico y digital en estos tiempos degenerados.

Gracias, Kip. Por hacer posible lo bueno. Y por ser el mejor. Beth será tonta si algún día deja de valorarte.

Un apunte sobre la osada Beth Brower, quien consideró que mostrar mis diarios al mundo era una buena idea. Vive con el ya mencionado Kip, su marido químico, y su gato, Spy Cat Grey.

A Beth le gustan los aromas cítricos, los libros, las alfombras tejidas a mano y pasear con independencia de la meteorología. Oye canciones sin parar. Está muy apegada a sus seres queridos y necesita ventanas que den luz y paredes en las que colgar obras de arte.

Beth Brower ha escrito los siguientes libros:

The Queen's Gambit

The Ruby Prince

The Wanderer's Mark

The Q

The Beast of Ten

Los diarios de Emma M. Lion

Puede encontrarse más información en su página web y en Instagram.

www.bethbrower.com

[@bethbrower](https://www.instagram.com/bethbrower)

Asimismo, es posible suscribirse a su newsletter y leer relatos cortos sobre los personajes de St. Crispian's en Substack.

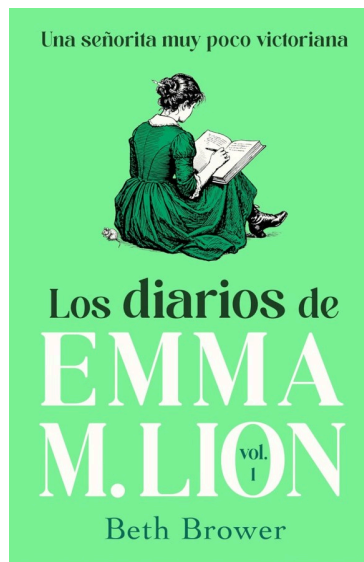
[Beth Brower Scribbles Away](https://bethbrower.substack.com)

bethbrower.substack.com

Atentamente,

EMMA

«He llegado a Londres sin ningún percance. Últimamente, pocas cosas me salen bien, pero esta ha sido una de ellas. Mi existencia en los últimos tres años puede considerarse una sucesión de percances».



En 1883, Emma M. Lion acaba de regresar al barrio en el que se crio, St. Crispian's. Pero sus planes de llevar una vida tranquila y de estudio son saboteados por su excéntrico primo Archibald, su intimidante tía Eugenia y los peculiares habitantes del vecindario.

Armada con su ingenio, su espíritu indomable y su irónico ojo crítico, esta señorita muy poco victoriana da cuenta en sus diarios de su insólita vida en Lapis Lazuli House.

Beth Brower se graduó en Estudios Literarios y durante la escritura de las cuatro primeras novelas de Emma M. Lion trabajó como jardinera profesional. Actualmente se dedica a escribir St. Crispian's Gazette, una publicación online de carácter mensual basada en los personajes de *Los diarios de Emma M. Lion*, y las novelas que no dejan de golpear las puertas de su mente, porque ninguno de sus personajes tiene la paciencia suficiente para esperar su turno. Vive en Utah con su marido, su gato atigrado y los libros que ocupan todos los rincones de su casa.



Título original: *The Unselected Journals of Emma M. Lion, Vol. 1*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2019, Beth Brower

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2026, Laura Vidal, por la traducción

Mapa: © 2026, Zoë Barker

Adaptación de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Diseño e ilustración de portada: David Mann

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:

seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87845-95-7

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinbooks

X: @sumadeletras

Instagram: @sumadeletrased

Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros

TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

     [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

Índice

Los diarios de Emma M. Lion. Vol. 1

5 de marzo

6 de marzo

7 de marzo

8 de marzo

9 de marzo

10 de marzo

11 de marzo

12 de marzo

13 de marzo

14 de marzo

15 de marzo

16 de marzo

17 de marzo

18 de marzo

19 de marzo

20 de marzo

22 de marzo

23 de marzo

24 de marzo

25 de marzo

26 de marzo

27 de marzo

28 de marzo

30 de marzo

31 de marzo

1 de abril

2 de abril

3 de abril

4 de abril

5 de abril

6 de abril

7 de abril

8 de abril

9 de abril

11 de abril

12 de abril

14 de abril

15 de abril

16 de abril

17 de abril

18 de abril

19 de abril

20 de abril

22 de abril

23 de abril

24 de abril

25 de abril

26 de abril

27 de abril

28 de abril

29 de abril

30 de abril

Sobre este libro

Sobre Beth Brower

Créditos

Table of Contents

Los diarios de Emma M. Lion. Vol. 1

5 de marzo
6 de marzo
7 de marzo
8 de marzo
9 de marzo
10 de marzo
11 de marzo
12 de marzo
13 de marzo
14 de marzo
15 de marzo
16 de marzo
17 de marzo
18 de marzo
19 de marzo
20 de marzo
22 de marzo
23 de marzo
24 de marzo
25 de marzo
26 de marzo
27 de marzo
28 de marzo
30 de marzo
31 de marzo
1 de abril
2 de abril
3 de abril
4 de abril
5 de abril
6 de abril

[7 de abril](#)

[8 de abril](#)

[9 de abril](#)

[11 de abril](#)

[12 de abril](#)

[14 de abril](#)

[15 de abril](#)

[16 de abril](#)

[17 de abril](#)

[18 de abril](#)

[19 de abril](#)

[20 de abril](#)

[22 de abril](#)

[23 de abril](#)

[24 de abril](#)

[25 de abril](#)

[26 de abril](#)

[27 de abril](#)

[28 de abril](#)

[29 de abril](#)

[30 de abril](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Beth Brower](#)

[Créditos](#)